E. MARTIN CONTRERAS

EL PRIMERO DE MAYO

DRAMA SOCIAL

Enciso

Madrid 1892.—Librería de Fe.

El primero de Mayo.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

El Arte Románico Bizantino en España.—Primer premio en los juegos florales celebrados en Valladolid en 1882.

Bosquejos artísticos.

Los voluntarios de la isla de Cuba.

Alemania.—Causas de su preponderancia y engrandecimiento.

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE

Aristocracia y Democracia.

Un Diputado incipiente.

La Revolución agraria.

SIN PRÓLOGO

Es antigua costumbre poner á la cabeza de todos los libros una introducción, prefacio ó prólogo, en el que, el autor, motu propio, ó algún su amigo, hace la apología de la obra. Como no he de seguir yo aquí esa costumbre, haré en su lugar una breve explicación, de por qué doy al público este trabajo, sin que antes se haya representado; quebrantando así la práctica establecida en España.

Escrita la obra, recorrí los cuatro teatros que en Madrid pudieran ejecutarla sin conseguir que los Directores se dignasen concederme dos horas para leerla. Reconozco que no podía ampararme en ningún derecho para sujetar á aquella mortificación, á personas que apenas les que-

da tiempo para descansar de su ímprobo trabajo. Más, aunque desconfío de mi obra, no quería resignarme á ser condenado sin oirme: máxime, cuando sin duda, influyó para que fuera tratado yo de aquél modo, el qué, en El Español, se ensayaba á la sazón una obra del hermano del empresario y Director: en la Comedia, otra obra, arreglo del hijo del Director y empresario: en Novedades, otra de uno de los empresarios: y en la Princesa, otro arreglo del Director y empresario. Hechos, sobre los que me permito llamar la atención de los que estudian la marcha decadente de nuestro teatro.

Al fin, logré, que D. Ceferino Palencia, me dedicase unas horas, y escuchó mi producción; y desde aquí, le tributo mi reconocimiento profundo; pues á su amabilidad y á su talento, bien acreditado en el teatro, le debo atinadas observaciones que me apresuré á aprovechar, corrigiendo los defectos que me señaló. Mas teniendo aquel señor dispuesto su viaje á América; no era facil que representase ya mi obra, aunque la hubiese juzgado de un mérito que no puede alcanzar.

Por todas estas circunstancias y por-

otras causas que aquí no he de mencionar, que han influído para que no se haya representado, me decido á publicarla. Pues si en España no existe esta costumbre, en todas las naciones se imprimen muchas obras antes de ejecutarse en la escena, y después, se representan bastantes, atendiendo á la acogida que el público las dispense. Antes de decidirme á hacerlo, consulté con ilustrados amigos que me han ayudado mucho con sus sabios consejos á corregir defectos; á todos los que, desde aquí, les mando la expresión de mi reconocimiento y gratitud.



Al Pueblo Español.

Tú, que diste á la patria ilustres generales para las victorias; sabios varones para defender la fe; magistrados, artistas, literatos, filósofos y poetas para la obra de la civilización; tú, que te ofreciste siempre en holocausto por la libertad y por el progreso; tú, que me inspiraste estas pobres líneas, acógelas benévolo: haga Dios que contribuya yo por ellas, siquiera sea débilmente, á contener los odios excitados; á promover en todos sentimientos de caridad y de justicia; á calmar las fieras pasiones que nos amenazan con luchas fratricidas.

El Autor.

Madrid: 1.° de Abril de 1892.

PERSONAJES.

Marquesa del Berrocal: 50 años.
Anita: 18 íd.
Juana: doncella.
Baronesa del Tormes: 34 años.
Ramírez: Marqués.
Luis.
Rafael.
Antonio.
Administrador del periódico.
Un criado.

La acción en Madrid.—Época, la actual.



ACTO PRIMERO

El despacho del Director de un gran periódico: dos mesas; butacas; divanes; un armario de libros.

ESCENA PRIMERA

Rafael, sentado, escribiendo. Un criado, entrando con una hoja de pruebas.

CRIADO

Señor Director, la primera plana.

RAFAEL *(Tomándola.)*

En cuanto haya galeradas de la segunda, las trae Ud. Que venga el señor Secretario.

ESCENA II

Rafael y Antonio, que entra con papeles.

RAFAEL

¿Avisaron ya nuestros corresponsales que están todos en sus puestos?

ANTONIO

Sí señor.

RAFAEL

¿Aseguró Ud. ya que el hilo con París esté mañana, tres horas, á nuestro exclusivo servicio?

ANTONIO

No he descansado un momento; todo está previsto.

RAFAEL

Que no nos aventaje ningún periódico: cueste lo que cueste.

ANTONIO

Cuanto ocurra en el mundo, nos lo comunicarán enseguida.

RAFAEL

Confío en Ud.

ANTONIO

¡Los artículos de fondo serán magníficos! Sorprenderán, seguramente.

RAFAEL

¿Terminó Ud. el suyo?

ANTONIO

Ahora le terminaré.

RAFAEL

Ya sabe Ud.; hay que halagar á las masas, y al mismo tiempo no disgustar á las clases conservadoras; á la burguesía, como decimos ahora.

ANTONIO

¡Dar gusto á todos! Es un poco difícil.

RAFAEL

Usted, con su buen talento, salvará las dificultades; así lo exije el interés del periódico.

ANTONIO

Bien, D. Rafael; lucharé por sujetar esta imaginación, que cada vez me abrasa más el alma.

Tres veces rompí ya las cuartillas, pues en vano quise contenerme.

RAFAEL

Usted siempre el mismo; llevando el corazón en los puntos de la pluma.

ANTONIO

¡Ahogar nuestro espíritu! ¡Matar nuestras convicciones! ¡Hacer traición á nuestra conciencia!

RAFAEL

¿Y qué remedio?

ANTONIO

Sí; trabajemos como máquinas: nuestros sentimientos, nuestros ideales, todo hay que sacrificarlo al interés material del periódico.

RAFAEL

Vamos; ¿aún no se acostumbró Ud. á este prosáico trabajo? ¿Qué, no tiene Ud. tiempo para cultivar su musa, sus novelas, sus versos? Allí puede Ud. dar vuelo á su talento. Aquí, ya sabe Ud., esto es un oficio, y como tal, tenemos que aceptarle. Ea, ea, trabajemos con fe y con esperanza.

ANTONIO

¡Con fe y con esperanza! ¿De qué, D. Rafael?

Ocho años hace que abandoné mis libros, que no me daban para comer; y trabajando aquí, día y noche, con todos Uds., esterilizo mis fuerzas y mis facultades.

RAFAEL

Cálmese Ud., amigo mío.

ANTONIO

¿Qué ideal perseguimos? ¿Podemos concebir algún plan, que nos conduzca á noble fin?

RAFAEL

Á trabajar para que aumente la circulación: que todos los días suba la tirada.

ANTONIO

Sí; que suba, y que suba... de cualquier modo; sin reparar en los medios: y así, esta maravillosa creación, que ya constituye una potencia, una fuerza superior para formar las ideas en la masa social, hay que reducirla á una máquina, á un instrumento mezquino de codicia y de ambición.

RAFAEL

¡Está Ud. nervioso! ¿Qué le sucede? Si eso no debemos decirlo; y menos en esta casa. Continuemos nuestro trabajo, y aceptemos esta miserable vida como Dios nos la depare.

Antonio

Diga Ud. mejor, como el destino nos la ofrezca. ¡Oh! ¡No puedo contenerme, D. Rafael, no puedo contenerme! El destino se ríe de nosotros. Somos los abogados de los obreros, sin pensar que somos también los obreros más injustamente explotados.

Rafael

¿Qué dice Ud?

Antonio

Escribiendo este artículo, he levantado la vista, y he contemplado en Ud. la víctima más grande de esa explotación que hoy se nos manda condenar.

Rafael

¡Qué actitud! Nunca le he visto á Ud. de ese modo.

Antonio

Sí; hace treinta años fundó Ud. con Ramírez el periódico.

Rafael

Cierto; mas...

Antonio

Usted le dió vida y alma con su talento, con su

hermosa pluma. Ramírez, pobre de ingenio, de luces, y también de dinero, encontró entonces quien le fiase el papel y la tinta para los primeros números, y se declaró el propietario.

RAFAEL

No siga Ud.; yo se lo ruego.

ANTONIO

Aquel periódico, es este mismo que escribimos. Vale una fortuna.

RAFAEL

Antonio, no le permito á Ud. seguir.

ANTONIO

Las virtudes de Ud., su trabajo constante (que le ha robado la salud, que casi le ha dejado ciego), crearon esta fortuna inmensa; y si ahora Ud. muriera, ¡qué sería de su pobre hija, de ese angel de inocencia y de bondad?

RAFAEL

No le consiento que hable así; no intente usted convencerme, hiriéndome el alma.

ANTONIO

Y hoy tenemos que pedir aquí justicia para el obrero oprimido por sus patronos: ¡oh, lógica! ¡oh, inhumanidad de los hombres!

RAFAEL

Le prohibo que de ese modo ofenda Ud. al que es nuestro...

ANTONIO

Al que es nuestro dueño; nuestro explotador; nuestro patrono.

RAFAEL

¿Desatiende Ud. mi autoridad? ¿Está Ud. loco?

ANTONIO

Protesto mil veces en nombre de la justicia, en nombre de la razón. Ud. formó esta fortuna, que al amparo de las leyes disfruta sólo un insensato. ¡Oh, pobre Ana! llena de privaciones y sufrimientos, debiendo heredar la fortuna noblemente conquistada por el genio de su padre, mañana tendría que implorar la caridad si no existiera un corazón que velase por ella.

RAFAEL

¡Pobre, pobre hija mía!.. Basta, basta ya, querido amigo! *(Emocionado: se dan las manos.)*

ESCENA III

Dichos y Ramírez, vestido de frac.

RAMÍREZ

¡Qué señoras! Ni que mate *Mazini* ó cante *Mazzantini*, nadie las saca de su paso. Aquí la esperaré. *(Cogiendo el periódico.)* Mi cotización, aquí está: tirada de hoy, 93.000 ejemplares. ¡Magnífico, magnífico, amigos míos! *(Se dan la mano.)*

RAFAEL

Sí; hemos subido rápidamente en estos días: trabajamos cuanto podemos para llegar pronto á los 100.000.

RAMÍREZ

Pues el día está próximo; mandaré preparar de nuevo mis salones para una gran recepción, mayor de la que hicimos el año pasado cuando me hicieron Marqués.

El número de mañana será magnífico: no reparar en gastos. Sobre todo que no falte crímen, y si no le hay, que se invente.

ANTONIO

Eso sí; necesitamos todos los dias un crímen; cuanto más horroroso, mejor.

RAMÍREZ

Explicarle bien; desmenuzarle; que se sienta el crugir de los huesos y que se olfatée la sangre humana.

ANTONIO

¡Sí; la explotación del crimen ha sido una idea feliz!

RAMÍREZ

Tenemos derecho á esa honrosa explotación.

ANTONIO

¡Vaya!; ya no basta que hagamos descripciones minuciosas; debemos ilustrar los crímenes, reproduciéndolos con todos sus detalles en hermosos grabados, y negocio seguro.

RAMÍREZ

Magnífica idea.

ANTONIO

Y no sólo eso; abriremos un salón que llamaremos teatro del crimen, en donde reproduzcamos plásticamente ó al natural el crimen del día. Allí los *amateurs* de estas interesantes escenas, podrán palparlas, olerlas y gozarlas.

RAFAEL

¡Antonio! *(Con aire de reprensión.)*

RAMÍREZ

¡Qué atrocidad! Pero acaso haríamos negocio. Lo estudiaremos, lo estudiaremos.

ESCENA IV

Dichos y la Marquesa, en traje de baile.

MARQUESA

Buenas noches, amigos mios. ¿Qué, trabajan ustedes? ¿Está Ud. mejor, D. Rafael?

RAFAEL

Sí, muchas gracias, señora Marquesa: un poco mejor. La vista me molesta; mas, pronto pasará.

RAMÍREZ

¿Terminaste ya, hija mía?

MARQUESA

Sí. Pero Luis, ¿dónde andará? Diablo de muchacho. Díganle Udes. que le esperamos en el Real, para que nos acompañe á la Embajada; que de ningún modo deje de ir.

RAMÍREZ

¡Qué chico más raro! No quiere presentarse en la alta sociedad, donde él debiera estar siempre. Un futuro grande de España y con una gran fortuna, ¿dónde estará mejor que entre los de su clase?

MARQUESA

Es preciso que te formalices con él, y que le hagas comprender nuestra posición y su porvenir.

RAMÍREZ

Sí, hija mía; ya le ruego que no se presente á nosotros por la noche más que de frac, y no lo consigo.

MARQUESA

¡Pues no faltaba más!; yo le quitaré sus costumbres burguesas. Que no quiere vestir de frac: yo le obligaré á ello; mañana no quedará en su guardarropa un rastro de burgués: que vista siempre de etiqueta.

RAMÍREZ

¡Entonces... parecerá un criado!

MARQUESA

Que lo parezca; así tiene que ser para que se

haga aristócrata. Vamos, que es tarde, y quiero oir *al De Lucía en el Frai Diavolo. (Acentuando la frase.*) Cumplan ustedes mi encargo con Luisito; que no se detenga un momento.

RAFAEL

Pierda Ud. cuidado.

RAMÍREZ

Vamos; que no falte crimen, ó catástrofe, ó choque, ó incendio, para mañana; y si hubiese petardo, mejor.

MARQUESA

¡Qué atroz; estás hecho un energúmeno!

RAMÍREZ

Necesitamos eso todos los días; es nuestro negocio. Adiós, amigos, hasta luego.

ESCENA V

Rafael y Antonio.

ANTONIO

Tú merecerías esas catástrofes que deseas para la humanidad. El negocio, siempre el negocio; la codicia nos ciega; que se hunda el mundo

si sobre sus ruínas podemos celebrar un impúdico festín. ¡Cómo me repugnan esas descripciones que tengo que hacer todos los días! ¡Cómo las rechaza mi corazón!... Mas, ¿qué dice Ud., don Rafael: qué medita?

RAFAEL

No me mortifique Ud., yo se lo suplico. De ningún modo le toleraré más tiempo esa airada actitud. En treinta años que llevo trabajando en este puesto, ¿cree Ud. que mi corazón no se habrá sentido mortificado mil veces? ¡Oh! ¡Cuando veía montones de oro, que yo había producido, y no podía pagar los medicamentos que exigían la enfermedad de mi querida Luisa!... Por Dios, cumpla Ud. con su deber, como siempre lo ha hecho; no olvide aquel verso famoso:

"Ciego, ¿es el mundo el centro de las almas?„

ANTONIO

Tiene Ud. razón; perdóneme Ud. si le molesté tanto. Me vuelvo loco.

ESCENA VI

Dichos y Luis, en traje de calle.

LUIS.

Buenas noches, amigos.

RAFAEL

Buenas noches, Luisillo.

ANTONIO

Señor D. Luis...

RAFAEL

Qué tarde llegas: tus padres esperándote; no tienes tiempo que perder: á vestirte enseguida para encontrarles en el Real y acompañarles á la Embajada. No faltarás de ningún modo; yo se lo he prometido así á tu madre.

LUIS

¡Al Real y á la Embajada! Iré, por no sublevarme. Mas yo no puedo soportar esa vida, en donde no encuentro afectos puros, sentimientos verdaderos. Ya sabe Ud. que mis padres se preocupan porque me case pronto.

RAFAEL

Y tienen derecho á ello. ¡Cosa más justa!... ¿En qué han de pensar, sino en que seas dichoso?

LUIS

Ya me hostigan, me interpelan, señalándome muchas, ricas y hermosas, diciéndome que están intranquilos de no dejar perpetuada su raza. Que

por nuestra fortuna y nuestro título puedo elegir un gran partido.

RAFAEL

Tendremos todos un gran placer el día que des ese gusto á tus padres. Yo te he visto nacer, sé que me quieres, y te aconsejo que los complazcas en todo: es su preocupación que te cases pronto.

ANTONIO

Indudablemente; se casará Ud. con ilustre, hermosa y rica señora. ¿Por qué le asusta el gran mundo? Allí, es verdad, hay bastante medianillo; pero también hay mucho bueno; también se pueden encontrar buenas esposas; y Ud., seguramente, con su talento, sabrá elegirla.

RAFAEL

Vamos, vamos; yo te suplico que enseguida vayas con tus padres, que te esperan.

LUIS

Aún tengo tiempo, y estoy aquí mejor que en ninguna parte. No puedo sostener más tiempo esta situación falsa, y es preciso salir de ella.

Sí, D. Rafael, pronto daré gusto á mis padres; pronto me casaré.

ANTONIO

¿Ve Ud. como no hay que decirle nada? *(Anto-*

nio hasta aquí habrá estado leyendo ó recortando periódicos.)

RAFAEL

Pues ¿qué esperas? Pronto, hijo mío, pronto.

LUIS

Sí, pronto va á ser: ya estoy decidido; tengo elegida mi esposa.

ANTONIO

¡Bravo, bravísimo, perfectamente! Mas no quiero privarles de que den expansión á su confianza; les dejo; corro en busca de crímenes, á revisar salones y teatros, á escudriñar la política, á descubrir misterios ó secretos. Hasta luego.

RAFAEL

Hasta luego.

LUIS

Adiós.

ESCENA VII

Rafael y Luis.

RAFAEL

¡Magnífico, magnífico; conque... ya tenemos

futura Marquesa? Veamos; estoy impaciente. Será de escogida alcurnia, elegante, rica, discreta. Cuéntame pronto.

Luis

¿Opina Ud. también como mis padres; tengo que elegir por cálculo, por conveniencia, por estúpido interés? Pues no; en esto quiero ser grande. Me fío de mi corazón, de los impulsos de mi alma. Ha de ser mi esposa de cuna humilde, linda y hermosa, como buena y honrada.

Rafael

¡Qué estás diciendo? ¡Diablo, pues no sales tú ahora con poco romanticismo! ¡Si eso no puede ser! ¿La conoces tú bien; la conocen tus padres?

Luis

Yo la conozco mucho; y mis padres también. ¿Ha comprendido Ud. el misterio? He de casarme con una, que aunque sin motivo alguno, la rechazarán mis padres.... ¡Mas no me importa su oposición!

Rafael

¡Cómo, hijo mío! ¿Te atreverás á darles ese disgusto? ¿Tan enamorado estás?

Luis

Mucho; muchísimo.

RAFAEL

¡Tú deliras! ¿Lo has reflexionado bien? No; no darás ese terrible disgusto á tus padres que tanto te quieren, y que solo piensan en tu felicidad. Vamos, hijo mío; corre á buscarles, que te esperan. Que no es verdad lo que me has dicho.

LUIS

Pues se lo repito á Ud: en esto soy un hombre grande; me domina el corazón, y sólo por él me guiaré para tomar esposa; aunque tenga que arrostrar el enojo de mis padres. ¿Cuento con usted, D. Rafel? Ud. que siempre me quiso como á un hijo, ¿me ayudará?

RAFAEL

¿Qué estás diciendo?

LUIS

Contésteme: ¿También cree Ud., como mi madre, que yo no puedo casarme más que con alguna rica aristócrata? Qué, ¿vacila Ud. en contestarme?

RAFAEL

¡No, no, hijo mío; no digo eso! Más... ¡cómo contrariar los deseos de tus padres!

LUIS

Usted no quiere mi desventura; sabe que no se compra la felicidad con oro ni pergaminos; usted me ayudará; Ud. me secundará. Sí; lo leo en sus ojos: me está Ud. dando la razón. No es posible que Ud. también quiera hacerme víctima de las falsedades y del orgullo de los hombres. Amo; amo con el corazón, con el alma, con la vida; y Ud. tiene que favorecerme. No me lo niegue usted.

RAFAEL

Bien, bien; cálmate, sí: cuanto quieras, soy tuyo. Aunque tenga que soportar el enojo de tu madre, trabajaré por convencerla.

Y ahora, quebranta ya tu secreto. ¿Quién es esa afortunada que así te subyuga? ¿Dí, la conocemos? ¿Habla? ¡Vacilas!...

LUIS

Pronuncien mis labios su dulce nombre. ¡Oh felicidad soñada! ¡Oh dicha inefable que mi alma embelesa!

ESCENA VIII

Dichos y Anita, de negro traje de casa, llevando un vaso de medicamento. Figura no ver más que á su padre.

ANA *(Mirando con recelo.)*

Estás sólo, vamos, padre mío; pasó la hora, y el médico me encargó la mayor exactitud con este medicamento. *(Al darle el vaso vé á Luis, y queda suspensa.)*

LUIS *(Contemplándola con gran pasión.)*

¡Esa! ¡esa! Anita, su hija de Ud., que siempre vivió cerca de mí; esa es mi encanto, mi alegría, mi ensueño, mi ventura!

ANITA *(Deja caer el medicamento y cae desvanecida en los brazos de Rafael.)*

¡Jesús!

RAFAEL

¡Mi hija! ¡cómo! ¡imposible!

LUIS

¡Te sientes mala!

Anita

No, no. Quiero marcharme, no debo estar aquí.

Rafael

¡Qué es esto, Dios mío! Ahora no puede ser; es preciso que comprenda yo mi situación. Habla, habla, hija mía, habla. ¡Pero tú le has prometido!... ¿cómo, cuándo; si nada he visto; si nada me habeis dicho?...

Luis

Nada me ha prometido; huye de mí; no la arranqué ni una palabra, ni una carta. Mas yo la idolatro hace mucho tiempo.

Rafael

¿Es eso cierto? ¿Es verdad que tú nada le prometiste; que nada le contestaste?

Anita

Verdad, padre mío: ni una palabra.

Rafael

¡Ah! bien, bien, hija mía; me devuelves la tranquilidad; has comprendido nuestra situación. *(Abrazándola.)* Ya lo ve Ud., ya lo ve Ud. generoso joven; es imposible, imposible; no debe ser su esposa una mujer tan humilde como mi hija. Vuelva Ud. á su juicio, no sueñe con esa locura.

Por sus padres de Ud., por nosotros mismos, por los vínculos de amistad que nos unen hace cuarenta años, es preciso que desista Ud. de esa idea. Se lo suplicamos, se lo pedimos por nuestra tranquilidad, por nuestro sosiego, por el respeto que debemos á sus padres.

LUIS

¡D. Rafael! ¡Ana de mi vida! No es posible, no es posible...

RAFAEL

Mi hija también se lo suplica á Ud.: comprende que su pensamiento es irrealizable y sólo aspira á vivir á mi lado tranquila.

LUIS

Los dos viviremos á su lado siempre.

RAFAEL

¡Qué obstinación, qué delirio! Si ella no acepta sus propósitos de Ud.... No es que la imponga yo mi voluntad; de ningún modo. Es ella quien lo decide así. ¿Verdad, verdad Anita mía?

ANITA

Sí... sí.

LUIS

¡Oh!... ¡Me desprecian; me desprecian Uds!

RAFAEL

No, no, hijo mío.

LUIS

¿Conteste Ud., Anita? Rompamos de una vez el secreto de nuestros corazones. Desaparezca el misterio que nos envuelve. ¿No acepta Ud. este amor inmenso que la ofrezco? Hable Ud. ¿Es que Usted me desprecia?

ANITA

¡Virgen santa, despreciarle! ¡Ay! ¡ay! me ahogo, salta mi cerebro; me abrasa el corazón. Luis, Luis de mi vida... *(Le da la mano con efusión y cae desfallecida en los brazos de su padre.)*

RAFAEL

¡Jesús, qué conflicto, qué conflicto!

LUIS

¡Ah! No, no me desprecian, me estiman. Soy feliz, sí; si soy feliz. Comprendo su abnegación; su generosidad, su virtud, su heroismo. No quieren contrariar los deseos de mis padres. Mas es en vano; amigos míos, porque solo en Uds. hallaré mi dicha y mi ventura.

RAFAEL

¡Cómo podríamos pedirte, cómo suplicarte?....

LUIS

No espero ya más. Ahora mismo declararé mi secreto á mis padres. Corro á buscarles, y á decirles quién será pronto mi esposa, y que no hay más remedio; no ha de ser otra.

ANA

¡Oh! no; deténgase Ud., no se lo consiento: atienda á nuestros ruegos. Yo le suplico calma, moderación: es imposible, imposible.

LUIS

¡Imposible! ¿Por qué? ¿Porque voy á ser Marqués y poseedor de una gran fortuna? Pues renuncio á ella; renuncio por tí á todo. Tengo algo aquí, bajo mi frente. He aprendido á trabajar.

RAFAEL

¡Qué conflicto! Escucha mis razones, mis súplicas, mis ruegos.

LUIS

No es posible esperar más; he luchado mucho tiempo y mi corazón ha vencido. Mis padres lo sabrán esta noche; esta misma noche.

RAFAEL

No hay remedio. Y me juzgarán á mí culpable, hasta traidor. La Marquesa no me lo perdonará

nunca; sueña con enlaces de príncipes ó de grandes. Luis, aplaza esa declaración, transije, te lo pedimos, te lo suplicamos; una dilación corta.

Luis

No accedo á esa cobardía.

Rafael

Bien... bien. Entonces ahora mismo escribiré á su padre de Ud. la verdad, que seguramente no la creerá. Y no aprobando nosotros su resolución de Ud., desde mañana abandonaremos la habitación que en esta casa nos daban. No viviremos aquí más tiempo.

ESCENA VIII

Dichos, Ramírez y la Marquesa.

Marquesa

¿Aún aquí, y en ese traje, sin vestirte? Esperándote en el Real. ¿No te han dicho que de ningún modo faltases? Buenas noches, señorita.

Ana. *(Saliendo de su turbación.)*

¡Señora Marquesa!

RAFAEL *(Aparte.)*

¡Qué situación! Vino á traerme la niña un medicamento, y como me siento muy cansado, con permiso de Uds. nos retiramos. Muy buenas noches.

RAMÍREZ

Adiós, amigos míos.

LUIS *(Mirando á Ana que sale turbada.)*

Muy buenas noches, señorita, hasta mañana.

ESCENA IX

Marquesa, Ramírez y Luis.

RAMÍREZ

Pobre Rafael. Ya está para poco; casi no puede leer.

MARQUESA

¡Mas es posible, hombre, que así nos desobedezcas? No te detengas; ponte enseguida el frac colorado, la camisa de chorreras y aquel chaleco heráldico con nuestros blasones que hice bordar en Pozuelo.

RAMÍREZ

¡Vamos, hombre, qué piensas?

MARQUESA

Cambiarás de vida: no queremos que estudies ni que trabajes. Ya trabajamos nosotros por tí. No hay más remedio. ¿Vas á estar soltero lo mejor de tu vida, para que cuando peines canas te cases con una cualquiera? Sin más hijo que tú, tenemos derecho á que te cases á nuestro gusto. Esta noche te presentaremos á la que debe ser pronto, muy pronto, tu mujer.

LUIS

¿Qué está Ud. diciendo?

MARQUESA

Que como no piensas en tu matrimonio, nosotros estamos impacientes, y por ti hemos hecho lo que debíamos hacer. Vamos, vamos, y allí verás qué gusto hemos tenido; ¡qué elección tan acertada!

LUIS

¡De modo que es un casamiento de conveniencia el que me proponen? ¡Han concertado mi matrimonio en formas diplomáticas!...

RAMÍREZ

No te alteres, hombre.

LUIS

¡Ah! ¿Y mi corazón, y mi libertad?

MARQUESA

Si has de aprobar nuestra elección. Si habeis de congeniar muy bien: todo lo hemos pensado. Ninguna nos conviene mejor. Tu corazón luego se interesará. No tienes nada que pensar; nosotros hicimos ya todo por ti.

LUIS

¿Y de ese modo quieren Uds. que acepte yo mi esposa?

MARQUESA

¿Pues cómo crees tú que se casan los de nuestra jerarquía, los de nuestra posición? ¿Crees tú que te casarás de aquel modo tan cursi, como nosotros nos casamos cuando éramos burgueses?

¡Bah! Puede que sueñes en casarte vulgarmente, ó burguesamente.

RAMÍREZ

Esa, esa es la frase; pero es tarde, y vamos en seguida á la Embajada.

LUIS

No iré á la Embajada.

MARQUESA

¡Cómo!

LUIS

No elegiré allí esposa; no aceptaré la que hayáis buscado.

MARQUESA

¿Por qué?

LUIS

Porque la encontré ya en otra parte.

MARQUESA

¡Tú te burlas!...

LUIS

No me burlo. Ya he elegido la que ha de ser mi esposa.

RAMÍREZ

¿De veras?

LUIS

De veras.

MARQUESA

Pues habla, hombre, habla.

RAMÍREZ

Veamos qué gusto has tenido.

LUIS

Excelente, os lo aseguro. Estoy muy orgulloso.

MARQUESA

¿Y nuestro compromiso?

LUIS

¡Qué me importa! ¿Aprobareis mi elección?

MARQUESA

Si ha sido buena... Habla pronto, ¿quién es?

LUIS

No; adivinadlo vosotros.

RAMÍREZ

Yo lo adivinaré: la marquesita de las Torres.

LUIS

No, no sigan por ese camino: es una plebeya.

MARQUESA

¡Cómo! ¡Plebeya! ¿Te burlas?

LUIS

Acabemos de una vez: Anita, la hija de don Rafael; ese es el tesoro que quiero poseer.

MARQUESA

¡Jesucristo! ¿Te has vuelto loco?

RAMÍREZ

¡Estás soñando! ¿Esa pobre niña había de compartir tu título y tu fortuna?

MARQUESA

¡Insensato! ¡Majadero!

RAMÍREZ

¡Vaya, vaya! no perdamos tiempo; yo te lo mando: á la Embajada, y allí te presentaremos á la que hemos elegido para que sea hija nuestra.

MARQUESA

Obedece á tu padre.

LUIS

Siento darles este disgusto. Mi esposa ya la eligió mi corazón: es la que os he dicho.

RAMÍREZ

¡Insolente! Ni en broma consentiremos que lo

digas. Mañana saldrá de esta casa esa familia que tan indignamente soñó en jugar con tu bondad.

LUIS

No les insulteis. Son dignos y honrados. Sólo yo soy el culpable.

MARQUESA

De todos modos, que no pisen más tiempo esta casa; que se vayan á otra parte á cazar incautos.

RAMÍREZ

Y no vuelvas á hablarnos de ese modo tan necio.

UN PORTERO

Esta carta para el señor Marqués. *(Sale.)*

RAMÍREZ *(Leyendo.)*

"Querido amigo: Mañana, Dios mediante, desalojaré esta habitación, que tú tan generosamente nos has dado hasta aquí. Dispénsame, si por causas para mí involuntarias, me creo en el deber de abandonarla. Mas sabe que siempre estoy á tí reconocido, y que mientras no dispongas otra cosa, seguiré como hasta aquí á tu servicio, donde me necesites. Tuyo siempre, *Rafael.*"

¿Y yo dudaba qué hacer? Sí, les lanzaré inmediatamente; esta carta me abre camino. ¡De

modo que lo que nos has dicho es completamente cierto! En vez de hacerte ir á la Embajada, como nos prometió, sabiendo ya que allí te íbamos á presentar á la que debiera ser tu esposa, te comprometió para casarte con su hija. ¡Miserable!

MARQUESA

Ha sido una conspiración, y te han cogido en las redes.

LUIS

No, madre mía; tengo ya mucha experiencia para que se me cace como á los pájaros; aunque sean las redes del orgullo, de la vanidad, ó de la tontería, que el mundo nos tiende. *(Con ironía.)*

MARQUESA

¡Mentecato!

RAMÍREZ

Bien. Haga Ud. uso de su libertad. Nada le debemos. Está todo terminado. Elija Ud.: ¿ellos ó nosotros?

LUIS

Ya sabía que os produciría este disgusto.

Nunca vacilé en seguir los impulsos de mi alma; y si es preciso, padre mío, madre adorada, saldré como queráis de vuestra casa. Las le-

yes me conceden este derecho; mi corazón lo sanciona.

MARQUESA

Los que saldrán inmediatamente serán esos farsantes, que así te han seducido; que así te han engañado.

LUIS

Y yo con ellos.

RAMÍREZ

No me irrites más, hijo sin entrañas. Por tí me sacrifiqué toda mi vida, ¡y qué pago nos das por tanto sacrificio!

MARQUESA

Ejecuta tu determinación.

RAMÍREZ

Les lanzaré enseguida.

LUIS

Treinta años de servicios tan nobles y desinteresados, ¿los pagareis de ese modo? ¡Cuando esprimió por vosotros la sávia de su talento, cuando ya no puede trabajar!

RAMÍREZ

Insolente, hijo desnaturalizado.

LUIS

Ya no soporto más ultrajes. Adiós padre. Adiós madre mía.

ESCENA X

Los Marqueses y Antonio.

(Los Marqueses caen desfallecidos en un diván de la izquierda, y permanecen un momento en silencio. Antonio entra precipitadamente, de modo que no les vea; se dirige á una mesa en sentido opuesto adonde están los Marqueses. Saca la cartera, y se quita el sombrero.)

ANTONIO

¡Qué cansancio! Gracias al cochecito corrí Madrid en una hora, y aquí traigo la vida, las manifestaciones de la actividad humana en síntesis, en sustancia. *(Mirando notas.)* El baile de la Duquesa; el *meeting* de los anarquistas; aquí la nota de la inspección, el crimen del día, robos, atracos. Y al salir tan complacido por la suntuosa fiesta de la Embajada, donde toda eran flores, riquezas, hermosas mujeres, ¡contemplar después aquellos dos infelices suicidas! ¡Qué horrores, qué contrastes!

Esta es la nota del estreno; como el de ano-

che, como el de todos los días, un arreglito del francés. Una manera más de entregar nuestro oro á los extranjeros.

¡Habremos agotado ya la inspiración, aquel estro eminente y heróico de nuestros padres!

En fin, á trabajar; ¡que salga todo esto atropelladamente de mi cerebro, para cargarle de nuevo con otras impresiones! Cual un fonógrafo vivo arrojaré aquí sobre el papel cuanto pude apreciar ó percibir en mi vertiginosa carrera. *(Se pone á escribir y se detiene.)*

Libar el cáliz de las flores; mecernos en los halagos del mundo; sonreirnos las más grandes hermosuras y los hombres del *sport*, de la política y del dinero para que satisfagamos su necia vanidad con cuatro frases laudatorias, y después... ¡después, despreciarnos todos!... ¡Bah! dicen: un periodista que merodea buscándose la vida.

¡Ay! Artistas de la palabra y del pensamiento, nuestros cuadros, ya describan la grandeza de una civilización, ya inflamen el espíritu de un pueblo para reconquistar su libertad perdida, ya sean poderosos faros del progreso, ya consigamos por ellos restablecer la verdad ó la justicia, ó el desprecio y el castigo del tirano... vivirán un solo día. *(Intentando escribir.)*

En vano intento atrofiar mi alma, ahogar el sentimiento. ¡Ea! Á revolver lágrimas con sonrisas, la mentira y la verdad, el crimen y el vicio con la abnegación y el martirio, á desvirtuar acciones heróicas, á echar incienso sobre estos

majaderos que lo piden y lo pagan, á explotar la masa social para conllevarla insensiblemente á este fin único: al negocio, no hay más remedio. *(Alza la vista y descubre á los Marqueses sorprendiéndose.)*

¡Ah, señores míos! *(Levantándose.)* Perdonen ustedes, no habia reparado.

RAMÍREZ

Sí, aún estamos aquí. ¿Qué, le extraña á Ud.?

ANTONIO

No, señor Marqués. ¡Mas han vuelto Uds. tan pronto de la Embajada!... Poco tiempo estuvieron ustedes.

MARQUESA

¡Embajada! Buena embajada tenemos. *(Levantándose.)*

RAMÍREZ

¿Qué, viene Ud. de allí?

ANTONIO

Estuve un momento; algunos me preguntaron con insistencia por Uds. y luego averigüé la causa. Mil enhorabuenas: su futura hija estaba encantadora.

MARQUESA

¿Qué está Ud. diciendo?

ANTONIO

Señora, lo que todo el mundo allí repetía; que mañana piden Uds. la mano de la hija del Duque Sigfrido, para D. Luis.

MARQUESA

¿Eso decían, ó se burla Ud. de nosotros?

ANTONIO

¿Cómo, señora?

RAMÍREZ

Cálmate mujer. ¿Oyó Ud. eso?

ANTONIO

Todos lo repetian, y yo que acababa de oir aquí á D. Luis que tenía elegida esposa, lo confirmé, dándolo por seguro.

MARQUESA

No me irrite Ud. más.

ANTONIO

Señora... No comprendo.

RAMÍREZ

Qué, ¿no conocía Ud. el secreto de aquel majadero?

ANTONIO

¿Qué dicen Uds?

MARQUESA

No disimule más; Ud. lo sabía y ha sido su cómplice, y ahora se ríe de nosotros.

ANTONIO

¡Señora! Juro que no sé lo que estoy oyendo: no sé de lo que se trata.

RAMÍREZ

Pues sépalo Ud., no es esa la que Luis había elegido.

ANTONIO

¡Cómo!

RAMÍREZ

¡Asómbrese Ud. si no lo sabe: es la hija de Rafael!

ANTONIO

¡Anita! ¿Será posible? ¡Oh desencanto de mi vida! *(Aparte.)*

RAMÍREZ

¿Le ha sorprendido á Ud.?

MARQUESA

¡Lo ignoraba! ¡Mas cómo se lo han ocultado al mundo entero? ¡Ha sido una intriga dirigida por Rafael! ¡Qué astucia, qué perversidad!

RAMÍREZ

¡Qué! ¡no sale Ud. de su asombro; de su estupor!

ANTONIO (*Sobreponiéndose.*)

Sí, sí, efectivamente: me ha sorprendido. ¡Quién había de suponer!...

MARQUESA

Si el mundo es un conjunto de falsarios y de bandidos.

RAMÍREZ

Ayúdenos Ud. á deshacer los planes de ese malvado, y será Ud. nuestro amigo siempre.

ANTONIO

¿Qué me propone Ud? ¡Si no acierto á comprender! Por fuerza están Uds. ofuscados; don Rafael es un hombre digno.

Yo respondo de sus actos, y desde luego les aseguro á Uds. que le están ofendiendo injustamente; y perdonen si yo no consiento esos ultrajes á mi amigo, á mi maestro.

MARQUESA

¿No lo decía yo, que Ud. también estaba á ellos unido?

ANTONIO

Sí, sí, señora Marquesa; unido á ellos por el honor, por el sacrificio, por el trabajo.

ESCENA XI

Dichos y el Administrador.

ADMINISTRADOR

Señor Marqués.

RAMÍREZ

¡Qué pasa!

ADMINISTRADOR

Si el señor Marqués me permite, le daré una gran noticia.

RAMÍREZ

Diga Ud. pronto.

ADMINISTRADOR

Reunidos los cabos de los vendedores, leyeron las pruebas como de costumbre. Les ha entusiasmado el artículo de D. Rafael, y piden 8.000 ejemplares más que ayer.

Ha llegado, pues, el día solemne que todos deseábamos. Mañana los 100.000 ejemplares: la nueva máquina ya está funcionando.

MARQUESA

¡Los 100.000 ejemplares que tanto ambicionábamos!

RAMÍREZ

La coronación de nuestra fortuna, de nuestra empresa, de nuestra gloria. ¡Y nuestro hijo se burla y se ríe de nosotros!

ANTONIO. *(Aparte).*

He ahí nuestra obra, ¡oh amigos queridos! Mañana mendigaremos el pan en cualquier parte; nuestro honor exige que les abandonemos á estos miserables, el tesoro conquistado con nuestros esfuerzos.

MARQUESA

¡Y hemos anunciado al mundo una gran fiesta para este día!

RAMÍREZ

Acepte Ud. el cargo que desde hoy dejará aquel miserable. Le señalo doble sueldo.

ANTONIO

Antes el honor y la muerte, que la traición y la deshonra.





ACTO SEGUNDO

Habitación modestamente amueblada.

ESCENA PRIMERA

Rafael y Juana.

RAFAEL *(Sentado)*.

Desde hace un año que murió mi amada esposa, á tí te había confiado ese tesoro que me resta en el mundo. ¿Cómo no me has advertido del peligro que me amenazaba?

Tú has visto nacer á mi hija, y en tantos años, nada tuve que corregirte. Dime, dime, ¿cómo has permanecido en silencio ante esta situación tan difícil que se me formaba?

JUANA

Esperábamos que había de pasar el peligro sin que tuviéramos que atormentar á Ud.

RAFAEL

¡Tú lo sabías y me lo ocultabas! Cuéntame todo.

JUANA

Bien, señor; estaba impaciente por referírselo á Ud. Desde que murió la señora, D. Luis no ha perdido ocasión de verla y hablarla; mas Anita jamás le dió esperanza alguna. A mí me ha acosado con cartas, poniéndome billetes de Banco en la mano, y todo lo rechacé; y á sus súplicas y promesas le contesté que mi señorita de ningún modo correspondía á sus deseos, aunque fuesen los más nobles y dignos.

RAFAEL

¿Y á la niña, la veia? ¿Cómo, cuándo?

JUANA

Todos los días.

RAFAEL

¿Mas ella hacía por dejarse ver?

JUANA

De ninguna manera. Al ir á misa era imposible evitarlo; mil veces cambiábamos la hora y la iglesia. Y cuando entrábamos, por más decididas que fuéramos, siempre nos cerraba el paso, y en sus dedos habíamos de tomar el agua bendita.

Ella bajaba los ojos en silencio, y D. Luis la decía: hasta siempre, amada mía. Ya les dije muchas veces que yo no le podía ocultar á usted esta situación; y lloraban, suplicándome que callase. Por esto falté así á mi deber.

RAFAEL

En medio de mi desgracia, no debo quejarme; mi hija se ha mostrado digna de sí misma; digna de mi nombre, no ha vacilado. Y ahora, ¿qué hacer? Vendrá aquí, seguramente, D. Luis. ¿Y le negaré la entrada en mi casa? Después de cuanto ha sucedido, todo raciocinio es inútil. Y en esta situación, ni yo ni mi hija debemos aceptar sus propósitos.

JUANA

¿Y por qué no? ¿Quién le hará más dichoso? Su hija de Ud. es un angel. Bien hace D. Luis en consagrarle ese amor tan grande.

Yo también he llorado por ellos; les he visto llorar á los dos; mas ellos no saben que lloran el uno por el otro. No he querido quebrantarles su secreto.

RAFAEL

Bien; basta, basta. Ayúdame á cuidar como hasta aquí, ese tesoro de mi vida. Tengo que bajar á la redacción. ¡Qué me espera allí! ¡No sé qué temor me abruma. Mas es mi deber. No abras la puerta á nadie. ¡Ah! Ahora me infunde miedo D. Luis. Y no hay más remedio; el deber me reclama. Hoy mismo buscaré casa donde trasladarnos; esta misma tarde nos mudaremos. Es imposible permanecer aquí más tiempo. Adiós; cuida bien á mi hija; yo te lo ruego.

JUANA

Confíe Ud. en esta pobre mujer.

ESCENA II

Rafael y un criado.

Juana sale por la izquierda; Rafael va á salir por el fondo y se le interpone un criado.

CRIADO

Don Rafael. Esta carta de parte del señor Marqués.

RAFAEL

Bien, bien; ahora bajaba á la redacción. Voy

en seguida; diga Ud. que me he retrasado, porque estoy malo. Antes leeré la carta.

CRIADO

Con su permiso. *(Sale).*

RAFAEL

No tengo fuerzas para nada; ¡qué trastorno, qué impresiones en tan pocas horas!

(Leyendo). "Me ha estado Ud. engañando villanamente,,... ¡Oh! *(Dejando de leer un momento, cayendo en una silla.)* Ha consentido Ud. que su hija entretenga á mi hijo, soñando en absurdas pretensiones. Y ahora, hecho el daño hipócritamente, deja Ud. la habitación que yo le regalaba. Mas como dice Ud. que permanecerá á mi servicio, le ordeno que no venga más á esta casa.„ *(Dejando de leer.)* ¡Jesús! ¡Y he tenido valor para concluir de leerla!

ESCENA III

Rafael y Antonio.

ANTONIO

¡Ah, está Ud. ahí! Hallé la puerta abierta. ¿Cómo pasaron la noche?

RAFAEL

Bien, bien, amigo mío.

ANTONIO

¡No disimule Ud. ¡Qué le sucede!

RAFAEL

Nada, nada; el cansancio.

ANTONIO

No, D. Rafael, no me oculte Ud. nada. Sé la iniquidad que con Uds. se comete y vengo á ofrecerme en cuanto me necesiten, en cuanto pueda yo servirles.

RAFAEL

Gracias, gracias, amigo mío. *(Estrechándole las manos.)* ¡Mas quién le ha dicho...?

ANTONIO

Anoche, cuando regresé á la redacción, allí estaban en el despacho de Ud., esos Marqueses de nuevo cuño, que poseídos de rabia y de furia contra Uds., me manifestaron todo.

RAFAEL

¡Diga Ud. qué pasó!

ANTONIO

Sí; entre injurias y difamaciones, que yo reprimí, me revelaron el secreto de Luis y de Anita, y me quedé aterrado, confundido, muerto.

RAFAEL

¡Nadie lo sabía! ¡Cómo ocultaron á todos su secreto!...

ANTONIO

¡Y tanto tiempo que soñé hallar en ese angel mi ventura!

RAFAEL

Ya lo había comprendido, y en Ud. cifraba yo también el amparo y la dicha de mi hija, la tranquilidad y el sosiego de mi vejez.

Mas Dios no lo quiso así. ¿Qué hacer, qué hacer ahora en tan difícil trance?

ANTONIO

¡He sufrido horriblemente toda la noche! ¡Qué desencanto! Tuve ya un arma en mi mano, y el recuerdo de mi santa madre y el ejemplo de las virtudes y de la resignación que en Ud. he visto siempre, me han salvado de morir como un cobarde.

RAFAEL

¡Oh, hijo mío! ¡Nunca, nunca! Desaparezca esa idea de tu mente. ¡Si la dicha sólo podemos alcanzarla soportando con resignación los sinsabores y torturas de la vida, trabajando con fe, aceptando la lucha al calor de la esperanza! Jamás te asalte tan insensato pensamiento.

ANTONIO

Tranquilícese Ud., he sufrido horriblemente; mas ya me he vencido. No, no era yo digno de poseer ese tesoro, y seré feliz viéndola á ella dichosa, como merece serlo.

RAFAEL

¡Generoso amigo! *(Abrazándose.)*

ANTONIO

Sí, que sean dichosos; al cielo se lo pido.

RAFAEL

¡Gracias, gracias, alma noble, corazón hermoso!

ANTONIO

¡Ah, jamás se borrará de mi alma la gratitud, el cariño que les debo! Arruinados mis padres, embargadas y vendidas sus tierras por el Fisco, ya no pude continuar mi carrera. Tenía que tra-

bajar para sustentarles en su ancianidad. Recibían en todas partes mis escritos; mas sin remuneración alguna. Yo luchaba desesperadamente por alcanzar un mezquino sueldo; pero en vano. A punto de implorar la caridad, Ud. me admitió aquí, y mis padres y yo tuvimos alimento y hogar. En ocho años no nos hemos separado. Usted ha sido mi maestro, mi padre. Le debo á Ud. cuanto soy. ¿Cómo corresponder á tantos favores? ¡Sí, sí, yo les defenderé contra todo el mundo!

RAFAEL

Antonio, su historia de Ud. es la mía, la de todos nosotros. Hijos del pueblo, lanzados por el acaso en el palenque de la vida, para luchar por la humanidad. Mas pensemos en la difícil situación que nos rodea.

ANTON

Sí, le revelaré á Ud. lo que aún no sabe. Cuando llegué á la casa, todos hablaban misteriosamente. En los grupos se decía que ya no volvería usted á dirigir el periódico; que dejaba Ud. en seguida esta habitación; en fin, que había usted sido lanzado, como se le echa al hombre más despreciable.

Y la indignación se reflejó en el semblante de todos.

Hubo quien dijo: „Esto es un insulto del capital, de la riqueza, á la lealtad, á la honradez, al trabajo, y es imposible tolerarlo.„

En aquel momento nos encerramos en el despacho de Ud. y, en sigilo, pactamos que mañana, haciendo uso de nuestros sagrados derechos, abandonaremos el periódico.

Rafael

¡Cómo! *(Sorprendido.)* ¿Y todos Uds. se van á quedar por mí sin pan? ¿No es posible remediar ya esa ligereza? Antonio, amigo mío, corra usted, por Dios, á deshacer esa trama, que yo no aprobaré de ningún modo.

Antonio

Habrá pan para todos. Fernández y yo hemos trabajado hoy bien. Ya tenemos capital: pasado mañana saldrá nuestro nuevo periódico en sustitución de este, que no podrá salir. Director será usted, y propietario todos: una Sociedad cooperativa y justa en contraposición de las empresas que hasta aquí nos han sacrificado.

Rafael *(Sentándose abrumado.)*

Es imposible; todos los conflictos me vienen en un día. ¡No han meditado Uds. bien lo que han hecho!

Antonio

El éxito es seguro. Hasta las empresas anunciadoras están también comprometidas. Y el público, en seguida que expliquemos el suceso, se

pondra de nuestra parte. Comprenderá la justicia de nuestra resolución. En fin, si no concluímos con ese periódico, le damos un golpe certero. (*Mientras tanto Rafael habrá estado ensimismado.*) ¿Mas no acoge Ud. con entusiasmo nuestra decisión?

RAFAEL (*Saliendo de su meditación.*)

¿Oyó Ud. decir de mí que yo cometiese alguna villanía? ¿Oyó Ud. que manchase mi nombre, mi honor, con alguna infamia?

ANTONIO (*Asustado.*)

¡Qué dice Ud.!

RAFAEL

Pues ahora me propone Ud. una acción... que yo no he de cometer. ¿Para qué me comunicó usted esos propósitos? No revelándoles, seré cómplice de Uds. y tan culpable como Uds.

ANTONIO (*Sorprendido.*)

¿Será Ud. capaz de denunciarnos, de descubrir nuestros planes? ¿Hará Ud. traición á este afecto grande que todos le profesamos?

RAFAEL

¡Dios mío! faltar á la caballerosidad, revelando el secreto que me confían mis amigos! ¡Corresponder de este modo á esta muestra grande de con-

sideración que me dan Uds.! ¡Qué debo hacer, si mi conciencia me grita que no sea cómplice de esa indigna trama!

ANTONIO

¡Indigna trama! Ud. delira, D. Rafael. Justísima reparación: justísima protesta. No: Ud. no puede delatarnos: si ha de ser Ud. nuestro jefe, nuestro Director: todos lo deseamos.

RAFAEL

No: no; imposible, imposible.

ANTONIO

¡Imposible! Mas al menos guardará Ud. nuestro secreto.

RAFAEL

No me imponga Ud. su voluntad, que jamás lo consiguió nadie. Yo siempre respondo de mis actos. Necesito tranquilidad, sosiego, reposo, para resolver estos conflictos que se me acumulan, que me ahogan, que me matan.

¡Qué hacer, qué hacer, Dios mío!

ANTONIO

Sí: le dejo á Ud.; ya no tengo tiempo que perder: me esperan nuestros amigos. Confio en que usted se ha de convencer, de que aquellos que tanto le han ultrajado, solo merecen nuestro desprecio.

RAFAEL

¡Oh! No se irá Ud. sin prometerme que hará usted desistir á todos de esos locos propósitos. Es preciso: yo se lo exijo; yo se lo suplico. Ocho años constantemente siguió Ud. mis consejos. Y ahora, en tan difíciles circunstancias, en las más difíciles que nos han rodeado, ¿me abandonará usted? No puede ser. Es Ud. mi amigo del alma: sí, acaba Ud. de decirlo. Si acaba de reconocer usted mi autoridad; si me ha dado las mayores pruebas de amor y de cariño. *(Se abrazan.)*

ANTONIO

¡Oh! sí, sí: Le escucho; diga Ud. ¿Qué es preciso que yo haga para romper mis compromisos con aquellos? ¿para romper los compromisos de usted mismo, porque yo les aseguré que Ud. se unía á la conjuración?

RAFAEL

Gracias, gracias. No basta que rompamos esos compromisos. Todos son hermanos nuestros en el trabajo. Debemos velar por su bienestar, por sus derechos. Mañana es el día de la huelga general: ¡quieren unirse á ella! Y nosotros, hombres de la razón, hombres del espíritu, ¿podemos envolvernos en esas manifestaciones de la fuerza; de la fuerza sin la idea, sin la garantía de la justicia; de la fuerza sin freno, sin propósitos conocidos? ¿Podemos halagarles, conduciendo esas masas al

sacrificio; podemos fomentar su desesperación, y que en un momento de delirio, arrasen la sociedad y la familia? ¡Oh! corramos á contenerles, que en esa catástrofe conque nos amenazan, ellos serán los primeros víctimas.

ANTONIO

¡La huelga general! Me han sorprendido. Y después la revolución, el anarquismo. Sí, habrá muchas injusticias que reparar, muchas usurpaciones que reprimir. Acaso haya que regenerar la sociedad sobre bases más justas. Pero la razón, la inteligencia, la ilustración y la virtud, nos regenerarán; no la fuerza bruta sin conciencia que, cual caldera de vapor disparada sin regulador y sin freno, quedará deshecha en el precipicio, ó saltará en mil pedazos, cual bomba de esterminio y desolación.

RAFAEL

Acaso hayamos fomentado esos odios, esas locas pasiones; acaso habremos perturbado conciencias vírgenes á toda rebelión, á toda venganza. Mas no es tiempo de reflexionar: es hora de arrojar agua al incendio que hemos provocado. No perdamos un momento. Yo no puedo ir. Usted les convencerá mejor que yo. Dígales que les prometemos, por Dios, consagrarnos á la defensa de sus derechos. Que nuestra pluma, nuestra palabra y nuestra inteligencia, estará siempre á

su servicio para defenderles; que obtendremos una remuneración justa, premios para el mérito y la virtud, protección y caridad para el infortunio; que condenaremos á los extranjerizados que consumen sus riquezas fuera de la patria. Corra Ud. á contenerles; que ellos serán los primeros víctimas de esa convulsión, de esa mina cargada por todos contra la sociedad y la familia.

ANTONIO

No me detengo, yo lo conseguiré. Tranquilícese usted. Ejerzo dominio sobre ellos, y me creerán. Volverán á su trabajo, aunque nosotros mañana tengamos que buscarlo en otra parte.

Hasta luego; confie Ud. siempre en mi lealtad, en mi cariño.

RAFAEL

Adiós, adiós. *(Estrechándose la mano.)*

ESCENA IV

Rafael solo.

RAFAEL

Venga todo de una vez. *(Sentándose delante de una mesa.)*

¿Por dónde comenzar para resolver tantos conflictos? *(Contempla la carta.)*

Aquí está este papel indigno, en el que tanto se me ofende. Con esta carta justificaría yo cuanto hiciera contra ese desgraciado. Mas mi alma rechaza la venganza ¿Qué hacer? *(Pausa)*

¡Hija de mi vida! Y el generoso Luis que le he visto nacer... ¡Si los dos son ya mis hijos, los seres queridos de mi alma! *(Cae sobre el papel sollozando.)*

Escribiré, no sé como. *(Escribe.)* "Señor Marqués: no merezco las ofensas que Ud. me dirige. Cuarenta años de verdadera amistad, me dispensan de exigirle á Ud. una reparación inmediata.„ *(Dejando de escribir.)* Esto está bien, mas así no le digo nada. ¡Ay, cómo decírselo, sin hacer traición á aquellos infelices! *(Escribe.)* "Dejo el periódico en los momentos más críticos; cumple á mi conciencia prevenírselo á Ud.

RAFAEL PÉREZ„

Esto es; así yo nada descubro, á nadie delato, mas con esas palabras salvo mi honor, y después siempre se sabrá la verdad.

ESCENA V

Rafael y la Baronesa.

BARONESA

¿El señor Director? Ud. me dispense si me he atrevido á entrar sin anunciarme.

RAFAEL

Señora. *(Levantándose sorprendido.)* Siéntese usted; ¿en qué puedo servirle? Mas como Director del periódico, poco podré hacer en su obsequio.

BARONESA

Sí; Ud. puede salvar el honor, la honra, la tranquilidad de una pobre familia, perseguida y calumniada por la prensa.

RAFAEL

¡Cómo, perseguida por la prensa!...

BARONESA

Sí señor; víctima inocente de la prensa. Mejor, de un hombre indigno que se ha servido de ella como un instrumento de venganza.

RAFAEL

Explíquese Ud., aunque tengo poco tiempo, y me encuentro en un momento crítico.

BARONESA

Sí, sí, por piedad, escúcheme Ud. Por el honor de mis hijos. Soy viuda, y hace tiempo que un antiguo dependiente de mi casa quiso obtener de mí favores que no debía otorgarle. Lleno de ira, me amenazó con ponerme en evidencia ante la opinión pública. Escribía en un periódico, y en forma enigmática, comenzó su obra de difamación. Yo, débil, y llena de temor, le ofrecí una suma, que aceptó. Por algún tiempo me explotó de ese modo, amenazándome si no le daba lo que me pedía. Mas era preciso cortar alguna vez ese peso que me abrumaba, y me resistí á satisfacer sus exigencias, cada vez mayores.

No hice caso de sus amenazas, de sus intimaciones, y aprovechando un incidente casual de la vida, ha cumplido sus amenazas. Sobre aquel desdichado incidente, ha formado una historia que ha concitado contra mí la opinión pública. He perdido en un día mi reputación, mi honcr, mi dignidad.

La calumnia de un miserable, estampada en un papel, ha sido repetida por todos los periódicos. Y sin más pruebas, el mundo entero me condena. Ayer era una mujer digna de mi nombre, por todos respetada; hoy mi nombre es escarne-

cido, vilipendiado. Tendré que huir de mi patria con mis inocentes hijos, porque no han de poder vivir noblemente donde se les arroja ese estigma sobre su frente.

Soy la Baronesa del Tormes.

RAFAEL

Había comprendido quién era Ud., aunque no tenía el honor de conocerla.

BARONESA

¡Oh! El honor de conocerme. Ud. me alienta; usted me reanima al hablarme de ese modo. Bien me dijo mi abogado: "Obtendremos reparación. La calumnia será castigada, puesto que he de probarla evidentemente. Mas es tan lenta la justicia, que cuando llegue la vindicación de Ud., nadie se acordará de levantar su honra. Si no conseguimos una reparación inmediata, la que obtendremos por los tribunales, será ineficaz, será estéril, y Ud. se quedará escarnecida y vilipendiada. *Los daños que causa la prensa, sólo pueden repararse por la prensa misma.* La mayor parte de los periódicos se han alzado contra Ud. ávidos del escándalo y hostigados por la fiebre del oro, que les domina; mas hay una esperanza; uno de los de más circulación, aún no se ha ocupado de Ud. Conozco á su Director; es un hombre justificado y digno, que más de una vez se ha puesto en frente de sus colegas para reprimir sus abu-

sos.„ En cuanto le escuché éstas palabras, he corrido á buscarle á Ud. ¡Ah, sí! Usted es el hombre digno de que me habló mi abogado. Por piedad, señor, salve Ud. el honor de mis hijos. No por mí, por ellos se lo pido.

RAFAEL

Cálmese Ud., señora. En efecto; he comprendido desde el primer momento la iniquidad que con Ud. se cometía; y antes de defenderla, mandé ayer persona de mi confianza, que se informase bien, y recogió los datos necesarios para defenderla á Ud. y para acusar á aquellos miserables.

BARONESA

¡Ah! Gracias, gracias, Dios mío; es Ud. el salvador de mi honra.

RAFAEL

No, señora mía; es por nuestro propio honor, porque tomé la defensa de Ud. Toda mi vida la consagré al periodismo. Soy de la primera falange de los que hemos ejercido esta profesión en España; he trabajado siempre con fe por enaltecerla; la he consagrado un culto en mi corazón, he luchado siempre contra los que quieren profanarla. Sí, señora mía; todo se puede profanar y todo se profana; lo más grande, lo más sagrado, se hace objeto de vil explotación.

La prensa, el periodismo, creado para contener

los abusos de la autoridad y del poder, para defender al débil, para escarnecer el vicio, para sembrar la ilustración en los últimos confines, para alimentar el patriotismo, para sostener el espíritu de verdad, para señalar los nuevos derroteros de cultura, de civilización, de progreso y de libertad... esa poderosa creación de los tiempos modernos, produce también males, donde debiera producir bienes.

También se la profana, también es objeto de vil explotación. Cuando presumí la iniquidad que con Ud. se cometía, más que por Ud., me indigné por la ofensa que se cometía á mi profesión. No; no puede ser que los hombres honrados permanezcamos impasibles, cuando los forajidos sin corazón y sin creencias, asaltan nuestra cátedra, y desde ella quieren mofarse de la civilización y de la sociedad, haciendo su negocio, insultando ó escarneciendo.

BARONESA

Gracias, gracias: ¿y esa defensa se publicará en seguida? ¿Cuando? Yo le debo á Ud. más que mi vida; y pida Ud. cuanto quiera: mi fortuna es considerable, disponga Ud. de ella.

RAFAEL

Señora; yo tengo mi sueldo por mi trabajo: nunca he cobrado más. En todo caso, se hubiera usted entendido antes con la administración; y

allí le hubieran á Ud. cobrado el precio para la empresa.

BARONESA

Perdone Ud., yo solo deseaba manifestarle á usted mi gratitud.

RAFAEL

¿Mas, es verdad que Ud. no me ha querido ofender?

BARONESA

De ningún modo.

RAFAEL

¡Ah! se me había olvidado, señora: me ha sorprendido Ud. en las circunstancias más difíciles de mi vida. Le estoy hablando á Ud. como Director del periódico, cuando ya no lo soy.

BARONESA

¡Cómo! ¿Qué dice Ud.? No le comprendo.

RAFAEL

Dispénseme Ud. Debí de haber empezado diciéndoselo á Ud., señora Baronesa. Acababa de recibir mi cesantía cuando Ud. entró. Dispénseme usted, si la he estado cansando inutilmente.

BARONESA *(Agitada.)*

¿Pero y mi defensa? ¡de modo, qué no es cierto! ¡Dios mío, Dios mío!

RAFAEL

Yo nunca falto á la verdad. Su defensa de usted, mejor, la defensa de la dignidad del periodismo, ha sido mi último trabajo, la última página que escribí en ese libro que he dirigido y formado durante treinta años. Dejé el artículo sobre la mesa, destinado para el número que estará saliendo en este momento: pero, señora, ignoro si le habrán publicado.

BARONESA

Es preciso saberlo ahora mismo. ¿No podemos verlo?

RAFAEL

Ciertamente. Deben de haberme subido ya el número. *(Saliendo un momento y entrando.)* Vamos, no se han olvidado aún de mí. ¡Ah! *(Recorriendo el periódico.)* Tranquilícese Ud., señora. ¡Íntegro! Está Ud. vindicada. Ahí le tiene Ud. ¡Oh! Y ha tenido Ud. fortuna; jamás ningún periódico tiró nunca tantos ejemplares en España. Véale Ud. con orla y con letras grandes: "100.000 ejemplares." *(Se queda meditando mientras lee la Baronesa.)*

BARONESA *(Después de leer.)*

¡Oh! Gracias, gracias, amigo mío. Vale su artículo de Ud. más que cien sentencias absolutorias. Bien decía mi abogado que era Ud. un hombre grande. Sí; *los males que produce la prensa, solo se pueden remediar por la prensa misma:* son ineptas las leyes; es incapaz la justicia. Puede más un corazón honrado como el de Ud., que los códigos y los tribunales. Le debo á Ud. más que mi vida, más que mi honor: el honor de mis pobres hijos. ¿Y no es posible manifestarle á usted mi gratitud? Sí, sí, con lágrimas de reconocimiento. *(Llorando y estrechándole la mano.)*

RAFAEL

Señora: Yo debiera manifestarme reconocido á usted.

BARONESA

¡Cómo, cómo, amigo mío! ¡La gratitud y el reconocimiento, tampoco me ha de permitir Ud. que se lo exprese!

RAFAEL

Su desgracia de Ud., la villanía de aquel miserable, me ha proporcionado el placer de despedirme de mi periódico; de mis amigos, de los hijos, que ahí dejo, dándoles el adiós de un padre.

En ese artículo les señalo sus deberes, les des-

cribo las grandezas de su profesión, la dignidad de que están revestidos. Y ese número, el último que escribí, será la coronación de mi obra. Dios lo ha hecho. He llegado á la meta, por la que hace muchos años trabajé constantemente. Hace treinta años escribí la primera página de ese inmenso volumen para una docena de lectores.

¡Ya he conquistado un mundo!

Sueño que he puesto una piedra en la obra de la civilización; sueño que al labrador, al abogado, al artista, al rico y al pobre, al joven y al anciano, después de sus horas de rudo trabajo, después de cumplir con los deberes de su profesión ó de su estado, les llevé todos los días alguna enseñanza, algún consuelo; sueño que mis lectores me esperaban todos los días solícitos, después de sus infortunios ó de sus satisfacciones, como se espera á un amigo querido, como espera el enfermo á su médico.

¡Grande ha sido mi empresa, grande ha sido mi obra! *(Contemplando el periódico.)*

¡100.000 ejemplares!... Nadie pudo alcanzarlo.

BARONESA

Le habrán relebado de este trabajo tan grande.

RAFAEL

Sí, señora mía; hoy mismo dejaré esta habitación.

Baronesa

Mas ya que no otra cosa, Ud. me favorecerá con su amistad; quiero saber dónde va á vivir, y me honrará visitándome aquí ó donde me halle. ¿Dónde va Ud. á vivir?

Rafael

Hoy mismo dejaré esta casa, mas aún no sé dónde me trasladaré.

Baronesa

¡Cómo! ¿Tan precipitadamente? ¿Y aún no sabe usted dónde? ¿Será Ud. lanzado?... Solamente por una causa grave puede Ud. marcharse tan precipitadamente. ¿Será posible? ¡Ud. es víctima de una gran injusticia: no me lo niegue Ud.!

¿Y por qué no ha de aceptar un lugar en mi casa, siquiera sea por breve tiempo, para que luego pueda Ud. resolver más acertadamente con calma? ¿Me daría Ud. ese gusto?

Rafael

Señora, no insista Ud. más en pagarme un favor que le he hecho sin pensar hacerle. Si algún mérito tuvieran mis acciones, pagándomelas usted perderían todo su valor. Ayer un mentecato, un criminal, la difamó á Ud. haciendo uso de nuestra institución, manchándola, profanándola. Señora: hoy un periodista veterano, un periodista

con títulos por sus años para representar á su clase, le devuelve á Ud. su honor y lava la mancha que aquel criminal pudiera inferir á la prensa, al periodismo. Acepto con gusto la amistad que Ud. me ofrece, es muy bastante en pago de lo que Ud. me deba.

BARONESA

¡Oh, sí, sí! Esta es su casa. *(Dándole una tarjeta.)* En donde no me ha de privar el placer de verle con su familia, que anhelo conocer.

RAFAEL

Es bien corta; una pobre niña es el consuelo que me queda en el mundo. Yo se la presentaré el primer día que vaya á su casa.

BARONESA

¡Gracias, gracias! Me devuelve Ud. la vida. Mi gratitud será eterna; no quiero importunarle más tiempo. Adiós, adiós, caballero. Yo haré que mis hijos le tengan á Ud. gratitud eterna.

RAFAEL *(Despidiéndola hasta la puerta, estrechándola la mano.)*

¡Sólo porque he cumplido un deber sagrado!.. ¡Ah, cuánto tiempo me ha quitado con lo que hoy tengo que hacer! Y este dolor, de nuevo me quebranta; y siento cada vez mis ojos más cansados. Y para tomar hoy la casa tendré que empeñar

algo. Mis pequeñas economías las gasté para enterrar con decoro á mi querida Luisa. *(Se sienta meditando y contemplando el periódico.)* ¡100.000 ejemplares! El sueño de mi vida.

ESCENA VI

Rafael y Anita.

ANITA

Padre mío, ¿cómo te sientes? ¡Qué fatalidad; qué disgustos y sinsabores te he proporcionado! ¡Cuánto hice por evitarte estos malos ratos, y ha sido imposible! Tener una hija que te debía servir de consuelo y solo te sirve de mortificación. *(Sollozando.)*

RAFAEL

No, hija mía, tranquilízate, si no ha sido nada; estoy mejor. Tú siempre has cumplido con tu deber. Ya sé que D. Luis solo tiene la culpa; que tú no le diste nunca motivo.

ANITA

¡Que D. Luis solo tiene la culpa! Cuando por mí se ha privado hace un año de todas las diversiones que le ofrece el mundo; cuando por mí ha roto con la sociedad y hasta con sus padres; aun-

que me haya producido penas y sufrimientos, ¿podré yo recriminarle en modo alguno? No, padre mío; me he sacrificado un año entero, he hecho traición á mis sentimientos, á los impulsos de mi corazón, y ya no puedo más. Son tan grandes las pruebas de cariño que me tiene dadas, que me muero por él: ya no debo ocultarle que suyos son mis pensamientos.

RAFAEL

Todo lo comprendo, hija mía. Tranquilízate, no te impacientes. Son justos tus sentimientos por Luis. Mas, aunque le quieras, es preciso esperar, es preciso sacrificarse. ¿Y tú te sacrificarás como hasta aquí. ¿Verdad, hija mía, que no arrastrarás el honor de tu padre? ¿Verdad que tienes grandeza de alma para soportar los sinsabores que Dios ó los hombres nos deparen?

ANITA

Sí; yo sabré sacrificarme á lo que nuestra dignidad y nuestro honor exijan.

ESCENA VII

Dichos, Anita y Luis.

LUIS

Me han de dispensar, si llego hasta aquí sin su

consentimiento. Yo, que he perturbado la paz de esta familia, tengo que restablecerla. ¿Verdad, D. Rafael, que Ud. me perdona los sinsabores que le he proporcionado? Y tú, mi bien amado, mi vida entera, ¿también me perdonas? ¿Podré escuchar de tu boca lo que no me niegan hace mucho tiempo tus ojos? ¿Qué, dudas de mí; dudas del inmenso amor que te profeso?

ANITA

¡Oh, Dios mío!

LUIS

Contesta: ¿Por qué no dicen tus labios lo que leo en tu corazón; lo que percibo en el fondo de tu alma.

ANITA

Porque esa palabra no saldrá de mi boca hasta que no conjure con ella la tempestad que nos rodea; hasta que no se calme esta fiebre que nos devora; hasta que yo sea digna del bien y de la dicha que me ofreces.

LUIS

¡Digna tú! Soy yo quien debiera esperar á merecerte.

RAFAEL

D. Luis, comprendo su grandeza de alma y la

admiro; ya no he de intentar hacerle desistir de sus propósitos, pues que fuera vana empresa querer agotar sentimientos tan arraigados.

LUIS

Imposible; y ampáreme Ud. ante su hija; ordénela Ud. que sea fiel á los sentimientos de su corazón; que acepte este amor inmenso que la ofrezco. Y pues Ud. me hace justicia, admítame ya como su hijo; que Anita con su consentimiento de Ud. no ha de vacilar en aceptar tanta dicha, tanta ventura como ambicionamos. ¿Verdad que correspondes al inmenso amor que te profeso? ¿Verdad que sólo esperas ya el consentimiento de tu padre?

ANITA

Sí: me llenará de placer, de dicha, esa autorización; mas es preciso también la de tus padres. Si no, yo sabré sufrir, yo sabré esperar, yo sabré conservarte mi vida entera, mi corazón y mi alma.

RAFAEL

Fuerza es que lea Ud. esa carta de su padre, y comprenderá cómo no podemos hacer otra cosa.

LUIS *(Después de leer.)*

¡Es una iniquidad! ¡Qué desvarío! ¡Qué locura! Mi padre no sabe lo que dice. Voy á vindicar-

les, á defenderles de tantos ultrajes. Comprendo, comprendo; no soy digno de la consideración de ustedes. Les han insultado, y he de remediarlo, sí. ¡Oh, mi padre ha de reconocer estas ofensas, que sólo en un momento de delirio pudo escribirlas! Son Uds. demasiado complacientes conmigo; debieran de lanzarme ahora mismo de su casa. No puedo estar en su presencia sin ruborizarme, sin llenarme de vergüenza. Adiós; yo les devolveré el honor que mi padre quiere arrebatarles. Yo te amaré siempre, hasta que sea digno de tu amor, de tus virtudes. Adiós; perdonad en el hijo las faltas de un padre desdichado. Compadecedme, sí, compadeced á quien se le cierran los caminos de llegar á satisfacer las aspiraciones más nobles y grandes que puede sentir el corazón.

¡Amada mía, tú me serás fiel como yo á tí; que bien lo leo en tu inmaculada frente; en la aureola que te rodea; en el eco de tu voz; en tu purísimo ambiente! Ya no te pido que me revelen tus labios el fondo de tu alma. No merezco tanta felicidad, tanta ventura. Corro á vindicaros, á exigir justicia para vosotros á los hombres, aunque sea mi padre á quien tenga que reclamarla; sí, á mi mismo padre. Mas antes quiero saber cómo le ha contestado Ud., D. Rafael; dígamelo Ud. ya todo, no me oculte Ud. nada.

RAFAEL

Vea Ud. mi contestación: no tenía con quién mandársela, y yo mismo la iba á llevar á su por-

tería. Mas ahora le ruego que Ud. mismo le lleve mi respuesta.

LUIS (*Después de leer.*)

¡Y esta es la contestación de Ud! ¡La del hombre justo; la del hombre grande! ¡Devolver favores por ofensas! Mi padre no ha de comprender la generosidad y la abnegación de Ud. ¿Y es cierto todo esto? Lo hemos merecido. Tengo que acudir á dos cosas á la vez: primero, á elevarles á ustedes sobre el pedestal que de justicia les corresponde; después, á conjurar ese conflicto que nos amenaza. Gracias, gracias, noble corazón, que así paga Ud. tanto daño como le hemos producido. Gracias, que no sé cómo demostrarle mi reconocimiento, mi admiración, mi gratitud.

El cielo lo hace: cada vez son mayores los méritos que les descubro para abrasarme más y más en el amor que te profeso. Si: confundís á la soberbia, al orgullo, con vuestra generosidad, con vuestra nobleza, con vuestras virtudes. Si mis padres se empeñan en no comprenderos, en no admiraros, es bastante que yo sepa admiraros y comprenderos. Sea yo digno de vosotros y que Dios me proteja y nos ampare. Compadecedme y perdonadme.

ESCENA VIII

Dichos y Juana.

JUANA *(Entrando).*

Unos señores preguntan por Ud. *(A D. Rafael.)*

RAFAEL

Sí, sí, que pasen. *(A Juana.)* Ud. se queda aquí sin perderles de vista. Que pasen á ese cuarto. *(Atraviesan dos la escena, entrando por un lado y tras ellos D. Rafael.)*

ANITA

¿Quienes son esos? ¿Qué quieren de mi padre? Me dan miedo. *(Se aproximan al cuarto donde entraron.)*

LUIS

Nada temas. Dime que no me negarás nunca tu amor.

ANITA

Tuya seré siempre; mi pensamiento, mi espíritu será siempre tuyo. Mas cumple con tu deber; te lo exijo. Vuelve á casa de tus padres, enaltéceles; respétales; si nos han ofendido, si nos han

ultrajado, yo no te haré víctima de sus faltas. Mas tampoco te he de consentir que seas tú su juez; que les condenes, ó que les exijas reparación de su conducta. Antes que todo son tus padres: procura dulcificar su existencia; acepta los halagos que el mundo te ofrece por tus virtudes, por tu talento, por tu posición, por tu grandeza de alma; y si en el mundo no encuentras quien pueda satisfacerte más que yo, si no encuentras quien te haga más feliz, cuando estés convencido de ello, cuando los años y el tiempo te hayan hecho conocer bien la vida, entonces Dios nos abrirá camino, y podrás buscarme en el rincón, en la soledad, en el augusto silencio en que yo oraré por tí siempre.

LUIS

¡Oh, Ana, Ana de mi vida!

ANITA

Obedéceme: acepta mi resolución irrevocable. Vuelve á tu casa, y allí esperemos los designios de Dios. Te exijo esta prueba.

LUIS

Bien, sí: volveré á mi casa y me resignaré á mi desgracia. Ya conozco el mundo y sus halagos; nada quiero de él. Perlas como tú, solo se encuentran en el hogar modesto y silencioso; en este obscuro hogar, donde te he hallado. Nunca,

nunca te olvidaré, ídolo mío. *(Estrechándole la mano con vehemencia.)*

ANITA

¡Oh, Luis de mi alma! Mas escucha. *(Acercándose á la puerta por donde salió su padre.)* ¡Qué dicen! ¡Se alborotan! ¡Una satisfacción! ¡Un desafío!

LUIS

(Escuchando.) ¡Se refieren á mi padre; á su periódico! ¡Que D. Rafael les ha vendido! ¡Ah, entiendo, entiendo! ¡Esos miserables á mí me pertenecen!

ANITA

¡Oh! ¡No puedo, no puedo más! ¡Quieren matar á mi padre. (*Cae desvanecida y acuden Juana y Luis y la sostienen.)*

RAFAEL *(Saliendo.)*

He oído un grito. ¡Hija, hija mía! ¡Qué ha sucedido!

LUIS

¡Lo ha escuchado todo! ¡Yo cumpliré con esos miserables!



ACTO TERCERO

Gran salón: profusión de coronas y escudos heráldicos en los muebles.

ESCENA PRIMERA

Ramírez solo.

RAMÍREZ

¡Oh, juventud, juventud! Al fin vino ese hijo ingrato. Más movido por la necesidad que por el cariño que debe á sus padres. ¡Qué desengaño. Un momento más que hubiese tardado en conocer la trama urdida, no hubiera podido salir el número de hoy. Cuando Luis me reveló el conflicto, no quería creerlo. ¡Cómo esperar esa ingratitud de tantos como me deben lo que son! ¡Precisamente en el momento de mi mayor placer, todo se des-

encadena contra mí! Había coronado mi obra; iba á solemnizarla, dando al mundo una gran fiesta; y después, como complemento de todo, debía de casar á mi hijo con la heredera de la primera casa bancaria de España en París, ennoblecida y considerada por los Estados de Europa; y de súbito, se me abre el abismo y todo se concita contra mí. Mas este golpe ya está bien parado; mi periódico seguirá sin detrimento alguno; y en cuanto á mi hijo, también triunfaré sobre él: ¡pues nó faltaba más, que su inexperiencia fuera sorprendida, teniendo un padre como yo! ¡De ningún modo! Ya se habrá convencido de la vileza de esos desdichados que querían cazarle. ¡Pobre Rafael! Quiso arrebatarme á mi hijo y arrebatarme el periódico; arrastró tras él á cuantos yo sostenía. ¡Inocentes víctimas de la soberbia y de la maldad! Váis á fundar un periódico. ¡Cuántos días tendreis que ayunar como yo lo hice cuando fundé éste! Os compadezco, y desde aquí me permitiré el placer de reirme de vosotros.

ESCENA II

Ramírez y la Marquesa.

MARQUESA

¿Qué hace ese hijo? ¡Qué peso me ha quitado del alma! Faltar un día de la casa de sus padres:

era preciso que alguna mujer le trastornase el juicio. Mas al fin había de vencer su noble corazón. ¿Dónde, dónde está?

RAMÍREZ

Déjale descansar; tiene derecho á ello. Nunca hemos trabajado tanto.

MARQUESA

¡Cómo!

RAMÍREZ

Sí; en cuatro horas entre él y yo, hemos tenido que constituír de nuevo nuestra empresa ¡Rafael arrastró tras él á todos!

MARQUESA

¡Se declararon en huelga! ¡También se unieron á esa huelga general anunciada!

RAMÍREZ

Se sublevaron; mas no han conseguido su objeto.

MARQUESA

¡Oh, traición! ¡Oh, vileza! Ahora se convencerá de lo engañado que le tenía. Casi me alegro. ¿De modo que él te reveló la conjuración?

RAMÍREZ

Sí; él no sé de qué modo lo averiguó; que si no, la sorpresa es segura; porque hasta nos habían llevado la lista de suscriptores.

MARQUESA

¿Y ya está todo arreglado?

RAMÍREZ (*Enseñándola un papel.*)

Mira: maquinistas, administración, cajistas, redacción.

¡Pobre gente! ¡Había tantos de gran mérito, esperando sus plazas! Aquí tienes nuestro nuevo ministerio.

Este es aquel famoso crítico y poeta, con el que hicimos nuestro primer negocio: 500 pesetas le dimos por su libro, que bien nos habrá producido 20.000 duros. Estaba en la mayor miseria, y dirigirá el periódico por lo que le quiera dar. Tiene mucho más talento que Rafael, y le pongo la mitad de sueldo: 200 pesetas mensuales es bastante; ya no se morirá de hambre. Mira, mira, todos son bien conocidos: primeras firmas En esto hemos ganado. La redacción nos cuesta la mitad. Nos sucede al revés que á todos los industriales: cuanto mayor venta hacemos del producto, la primera materia nos cuesta menos. Los talentos, las inteligencias, se explotan mucho mejor que los brazos, que las máquinas.

¡Diablo! *(Mirando el papel.)* En esto sí que hemos tenido que transigir. Maquinista, 500 pesetas; fogonero, 300; cajistas...

MARQUESA

¡Pero, hombre; eso es un escándalo! ¡El fogonero más que el Director!...

RAFAEL

¿Qué quieres, hija mía? El sombrero de copa, la levita, puede durar bastante tiempo; y el carbón gasta mucho la ropa. Además, esos hombres rudos se saben asociar para defenderse; los sabios sólo piensan en estudiar; ¡y gracias á los que, como yo, aprovechamos sus frutos y les damos de comer!

MARQUESA

¡Hijo de mi vida, ves como vale para todo! Ya podemos descansar en él; es el primer disgusto que nos ha dado. Al fin se convencerá de que nadie como sus padres le dirán lo que le conviene.

RAMÍREZ

Al fin le casaremos con la hija del duque, ¡pues no faltaba más! y representará la primera casa bancaria de España en París. Con ese propósito, ya consigné yo mis fondos en su caja, pues producen buen interés. Y así Luis llevará en seguida

la gerencia. ¡Qué cuantiosa fortuna! Una gran casa de banca necesita un periódico como éste para sostener su crédito, y salvarla en las peligrosas crisis. Por esto, nos pagan los bancos tan buenas subvenciones. En fin, que no podíamos hacer mejor boda. Mas no perdamos tiempo. La Duquesa está impaciente de que hagamos la petición de su hija. Antes de ocho días salen para París, y debemos dejar concertado el enlace.

ESCENA III

Dichos y Luis entrando con un brazo en cabestrillo.

MARQUESA

¡Jesús; qué es eso; qué te ha sucedido? ¡Qué tienes, qué te ha pasado?

LUIS

Nada, nada; no os impacienteis. Abajo, inspeccionando las máquinas, me rozó un poco un volante y me han puesto esta venda.

MARQUESA *(Reconociéndole.)*

¿Es posible? Tú nos engañas, tú ocultas algo. Habla, ¿qué médico te ha curado?

RAMÍREZ

Quiero verlo. Ahora mismo. *(Disponiéndose á registrar el brazo.)*

Luis

No; que me molestareis mucho.

Marquesa

Pronto, siéntate aquí. Si estás febríl. Tú nos engañas. ¿Qué te ha pasado, hijo mío?

Luis *(Molestado, sentándose.)*

Ya os lo he dicho. No ha sido nada.

Marquesa *(Tocando el timbre. Aparece un criado.)*

Que llamen al doctor en seguida. *(Sale el criado.)*

Ramírez

¿Has tenido algún encuentro con esos miserables? ¡Sí, no me lo niegues! ¡Tú te has batido, sí, te has batido! ¿Con quién? Vamos, ¿qué te han hecho? Quiero verlo ahora mismo.

Marquesa

¡Te has batido: un desafio! ¿Qué te han hecho: vamos á verlo en seguida, en seguida?

Luis

Y me haréis daño; y me perjudicareis: la cura está bien hecha y no ha sido más que una rozadura: ningún hueso ni arteria me interesa. Estad tranquilos. Ya les he dado la lección que merecían.

RAMÍREZ

¿Á quién? ¿Ha sido á Rafael? Sí: al fin te convencistes que te querían engañar, y que querian insultarlos. ¡Oh! Entonces has cumplido como bueno. ¡Y ha sido él mismo el que te ha herido! Pero él no habrá salido bien librado.

MARQUESA

¡Te has batido con el mismo Rafael! Sí: lo merecía. Cuando vieron que habías vuelto al seno de tu casa, y que nada podían conseguir de tí, entonces fué cuando levantó á toda la redacción contra nosotros, y cuando quiso usurparnos el periódico: después, te provocaría al duelo. Mas ha recibido lo que merecía. ¿Y te molesta mucho? ¿De veras es solo una rozadura?

LUIS

Estoy bien: pero dejadme tranquilo: quiero descansar aquí un poco. ¡Qué obcecación: qué ceguedad! Me producen más dolor vuestras palabras, que la herida de mi brazo. *(Se oye el timbre del teléfono.)*

RAMÍREZ *(Dirigiéndose al teléfono.)*

¿Quién llama? *(Con el teléfono en la mano.)* Con la Presidencia del Consejo. *(Contestando al teléfono.)* Con el Marqués del Berrocal. ¡Qué me está diciendo el Ministro?... ¡Que si Rafael aceptará la subsecretaría de Ultramar!

LUIS

¡Cómo!

MARQUESA

¡La subsecretaría para ese miserable!

LUIS *(Levantándose.)*

¡Oh; no puedo ya más!

RAMÍREZ

Eso dicen: pues vaya una ocasión. Contestaré que es imposible: pero que nos la reserven, que indicaremos una persona más digna. *(Se prepara á hablar en el teléfono, y le separa Luis bruscamente.)*

LUIS

¿Qué va Ud. á hacer? No sabe Ud. qué iniquidad iba Ud. á cometer. Yo debo contestar. *(Va al teléfono.)* Aceptado, y le damos á Ud. las gracias. *(Escuchando.)* Que hoy mismo se firmará su nombramiento.

RAMÍREZ *(Aterrado.)*

¡Pero quéhas hecho? ¿Estás loco, hijo mío? estás loco?

MARQUESA

¡Si eso no puede ser!

RAMÍREZ

Estoy confundido; estoy desesperado. ¿Crees tú que eso prevalecerá? ¿Con qué derecho se abroga Ud. mi autoridad? Hijo rebelde, hijo...

MARQUESA

Calla, calla, que está herido, que está enfermo. ¡Y herido por ese mismo á quien tanto quiere favorecer! ¡Es que aún persistes en tu propósito respecto de su hija! ¡Oh, demencia! ¡Oh, delirio!

RAMÍREZ

Voy á evitar que se firme ese nombramiento: y si le hubieran firmado, que le rasguen. Por muchos amigos que allí cuente ese desdichado; por muchos méritos que le reconozcan, en cuanto yo relate estas perturbaciones, estas infamias que con nosotros comete; en cuanto yo diga que no puede poner su pluma en mi periódico, seguramente le relegarán al olvido. Si todo su valer, si todos sus méritos ¡se lo daba la inmensa importancia de la máquina con que se movía!... Sus ideas, sus artículos, si valían algo, era por el medio que tenía de llevarlas al público. Ya podrá escribir mejor que el Tostado, ó Marco Tulio, que sus escritos servirán para envolver especias.

Al primero que tienen que rendir homenaje por la campaña que hemos sostenido, es á mí, que he creado esta potencia para formar la opinión. Sin

mi voluntad, el periódico no se pone de parte de nadie: y porque nos temen, nos hacen concesiones.

Mi periódico, que desde hoy tira 100.000 ejemplares, es la máquina más poderosa que existe en España. Soy el rey de la opinión: puedo más que los códigos y los tribunales. ¡Mis 100.000 números, valen más que un ejército de 100.000 soldados!

Con los cañones se conquistarán fortalezas y ciudades: mas yo levanto el espíritu de las masas, yo formo sus ideas, yo regenero sus almas, y allí en los rincones de las aldeas, en el seno de las familias, en los círculos de las ciudades, en los talleres de los obreros ó en los palacios de los poderosos, en todas partes penetro diariamente, y cual el fuego sagrado de las Vestales que alimentaba las almas de los muertos, yo reanimo á los vivos: y un día produciré el fruto de la idea, la revolución, que cambiará la faz del progreso y de la sociedad.

Ya los libros no producen los cambios en la marcha de los pueblos; ya las ideas no son patrimonio de los sabios ó de los filósofos; ya el progreso no será obra de unos pocos. El periódico lleva la luz á todas partes; es el pan del alma que diariamente fortalece los espíritus. Es el libro de la humanidad escrito por ella misma; que cada día aparece como heraldo de paz proclamando sus derechos, señalándola sus conquistas, revelándola su gloria.

LUIS

¡Padre, padre, que desvarías!

RAMÍREZ

No, no; perdona si te he molestado; pero te habré convencido que todo el mérito de ese renegado afluye sobre el periodico, sobre mi obra, sobre mi empresa; y por lo tanto, lanzado aquél ya de mi casa, pierde toda consideración, toda importancia que pudiese tener.

MARQUESA

Bien dicho y bien demostrado.

RAMÍREZ

Voy á deshacer su nombramiento; ¡pues no faltaba más!

LUIS

¿Quereis escucharme? ¡por caridad!

MARQUESA

¡Pues quién lo duda! Habla, habla, hijo mío. Dí cuanto quieras, te escuchamos. Sí hemos de complacerte.

LUIS

No me habeis dejado hablar. Me habeis con-

fundido, me habeis mortificado. ¿Conque quereis arrebatar á vuestro antiguo amigo, á D. Rafael, el galardón que conceden los hombres á sus méritos? ¡Tú mismo te condenas! Has dicho lo que es un periódico como el tuyo. Has descrito el poder, has revelado la fuerza, la energía que desarrolla en la marcha del progreso, esa empresa por tí fundada y explotada. Mas si las leyes y los hombres te reconocen propietario único de esa explotación, si tú eres el poseedor de esa riqueza, medita y reflexiona. ¿No has levantado ahí tú mismo bandera pidiendo protección para el obrero? ¿No has defendido las manifestaciones en que las clases proletarias se defendían contra los abusos del capital? ¿No has pedido en nombre de la justicia la reglamentación del trabajo? ¿No has protestado contra esos capitales enormes que en poco tiempo acumula la industria moderna, esprimiendo los jugos de la juventud, sin darla aliento para reparar sus fuerzas? Y proclamando esa doctrina justa, ¿no reparas que tú faltas á ella? Unidos nacisteis en esta empresa dos amigos. ¿Cómo nosotros vivimos en la opulencia y aquél en la mayor estrechez?

RAMÍREZ

¡Hijo desnaturalizado! ¡Hijo sin entrañas!

MARQUESA

¡Luis, por Dios, no irrites más á tu padre!

LUIS

¿Cómo pregonáis esas doctrinas, y en nuestra casa las despreciáis? ¡Ah! ¡Percibimos el bien, conocemos la verdad, el corazón nos mueve á la justicia; mas el egoismo nos ciega, la pasión nos avasalla, el orgullo nos consume, y la vida social, agitada en batallas de incredulidad y de venganza, estalla en catástrofes y en revoluciones por vosotros provocadas.

MARQUESA

¡Estás loco, estás loco! Vuelve á tu razón, vuelve á tu juicio.

(Ramírez estará ya sentado, agoviado, sin querer oirle.)

LUIS

Si; volved á la razón, ahogando la vanidad, el orgullo, el egoismo, que os ciega y os degrada.

Ese periódico que hoy ricos nos hace, ¿no necesitó una inteligencia perseverante y clara que constantemente le dirigiera? ¿Quién consumió su vida en esta empresa? ¿Quién es aquí el obrero explotado por el capital? ¡Y precisamente, en este momento solemne que clamamos contra las injustas explotaciones, quereis escarnecer y perseguir á aquel, á quien debeis cuanto sois!

RAMÍREZ

¿Pero estás defendiendo al que te ha herido? ¿Pretendes aún, ultrajarme de ese modo? ¿Te rebelas contra tu padre?

LUIS

No; si no fué con D. Rafael con quien me he batido; si estais obcecados.

MARQUESA

¿Que no ha sido?

LUIS

¡Ciegos! Iba á batirse por tí, y le hubieran matado. Llegué yo á tiempo de ocupar el sitio que allí me correspondía. Aunque tú le ofendiste tanto en aquella carta, él correspondió siempre con la mayor nobleza. Se batia, porque les llamó miserables á los que se conjuraron contra nosotros.

RAMÍREZ

¡Pero eso no puede ser! ¿De modo que él no organizó la trama? Te han querido engañar: él debió ser.

LUIS

Convéncete. Á la carta que le dirigiste, mira cómo te contestaba. *(Toma la carta y se sorprende.)*

MARQUESA

¿Qué dice?

RAMÍREZ

Me prevenía la conjuración. ¿De modo que él, ni te ha herido, ni dirigió la trama?

LUIS

Todo lo contrario: entre tanta gente, era él el único amigo que contábamos. Todos se sublevaron contra tí, indignados de tu conducta con don Rafael; y él fué el único que se mantuvo fiel á nosotros; y por tí se hubiera dejado matar, si no llego yo á ocupar su sitio en el desafío provocado.

MARQUESA

¡Jesús! ¡Jesús!

RAMÍREZ

¡Empiezo á confundirme! No puede ser, no puede ser.

LUIS

¿Qué, dudais? Habeis estado ofuscados. ¡Caiga la venda de la vanidad de vuestra frente! Ved cómo por este lado también estabais equivocados. Leed ese telegrama de París. *(Dando un periódico á su padre.)*

Ramírez *(Leyendo.)*

¿Qué estoy leyendo? "La gran casa de banca española, Mendieta, ha suspendido sus pagos. Los acreedores acuden en masa á recoger sus capitales, sin conseguirlo. Los dos hermanos banqueros se han suicidado„ *(Cae desfallecido.)*

Marquesa

¡Dios mío!

Ramírez *(Leyendo.)*

"Esta noticia ha producido en Madrid un pánico inmenso, pues son muchos los que habían confiado sus capitales á aquella antigua casa, que seguramente, no podrán reintegrarse.„

(Dejando de leer.) ¡Todo mi capital allí perdido!

Marquesa

¡Y es esa la casa que tú ibas á dirigir! ¡Oh, rabia! ¡Quien iba á ser tu suegro se ha matado!

Luis

¡Esa era la boda que me regalabais! ¡Ya veis como por ese lado tampoco ibais acertados!

Ramírez *(Desfallecido.)*

¡Oh, dolor! ¡Y esto es evidente, no es un sueño! ¡Nos han engañado, nos han robado! Mi fortuna perdida en un momento.

Marquesa

¡Pero cómo suceden estas cosas en el mundo! ¡Conque tantos palacios, tanta ostentación, tantos trenes, todo esto puede ser fingido! ¿Así se engaña á la sociedad? ¿De modo que si te casas con la hija de la Duquesa, hubiera sido completa nuestra ruína y nuestra deshonra?

Luis

Necesariamente: y lo teniais bien merecido. Ese acto grandioso de la vida, se envilece cuando le sujetamos al cálculo y al interés. Debemos buscar la compañera de nuestra vida con la inteligencia despierta; no con la pasión loca que nos ciegue; pero dispuestos á dejarnos conducir por los impulsos del alma; por los móviles del corazón; por el espíritu íntimo que nos engrandece y vivifica. Así me he dejado yo llevar, me he dejado conducir para realizar mis ideales. Vosotros les habeis rechazado, cuando en la elección que Dios me señalaba, debísteis ver la reparación justa y necesaria de la desdichada condición á que redujísteis al amigo que os labró la fortuna, consagrándoos su talento y su vida. Sí: no lo dudeis; Dios se encarga de restablecer la justicia donde los hombres la vulneran. Por esto me ha inspirado este amor tan grande á la hija de vuestro mejor amigo. Por esto ha consentido que vuestra elección fundada en el cálculo, en el

interés, haya recaido en la falsedad y en la mentira.

MARQUESA

Y será preciso dejarnos convencer. ¿Más qué haremos ahora?

RAMÍREZ

Marcharnos de aquí, lejos, á descansar de tantos quebrantos y sinsabores.

MARQUESA

¡Marcharnos! ¡Y á Luis le dejamos!

RAMÍREZ

No sé, no sé lo que me digo. ¿Mas abandonó ya esta casa Rafael?

LUIS

Se irá enseguida.

RAMÍREZ

No se irá.

LUIS

¿Cómo? ¿Quién podrá detenerle?

RAMÍREZ

Yo.

MARQUESA

¿Cómo lo vas á conseguir? Pues no estará poco ofendido.

RAMÍREZ

Subiendo á pedirle para tí la mano de su hija.

MARQUESA

¡Dios mío; al fin...!

LUIS

No; si no será tan facil, madre mía. No se ofende así de tal modo á un hombre honrado, aunque sea pobre, ó miserable. Eso anhelo; eso deseo; que pidais para mí su mano. Mas es preciso vindicarles su honor; yo te lo suplico; yo te lo ruego.

MARQUESA

Hemos sido insensatos. Tienes razón. Tu alma grande te ha iluminado. Mas, ¿qué voces son esas? ¿Qué ruidos?... *(Un criado entra.)*

RAMÍREZ *(Alarmado.)*

¿Qué sucede? ¿Quién alborota mi casa?

CRIADO

La señorita de D. Rafael, que un imprudente

la dijo que acababa de llegar aquí herido el hijo del señor; y está arrebatada, y no se la puede contener.

LUIS

¡Oh, Dios mío! Corro á ampararla. ¡Pobre Ana de mi vida!

RAMÍREZ *(Conteniéndole.)*

No: seamos prudentes: yo voy primero. Quédate aquí, con tu madre: yo iré delante. Tranquilízate.

LUIS

Quiero verla.

MARQUESA

Deja que vaya tu padre. Luego la verás. *(Sale Ramírez.)*

ESCENA IV

Luis *(Sentado y desfallecido.)*

¡Qué tormento! Es preciso que yo la vea en seguida: ¡quién se lo habrá dicho! Creerá que me han matado. ¡Como sufrirá la inocente! Sí: oigo que me llama: su voz se aproxima. Sí, sí; que venga: que la dejen entrar: que cuando me vea se ha de tranquilizar. Ya llega. *(Se adelanta á recibirla.)*

ESCENA V

Entran: Anita descompuesta como loca, detrás, Rafael, Ramírez, Criados y Juana.

ANITA

Está aquí. ¡Oh! *(Arrojándose á Luis, y éste la estrecha con vehemencia la mano.)* ¡Gracias, gracias Dios mío! Es verdad que no te han matado: estás bueno. ¡Oh! ya respiro; ya estoy satisfecha. *(Pausa, serenándose.)*

LUIS

Sí, Anita mía: Sí: te han engañado. Aquí estoy sano y salvo. Me ves, amada mía. Tranquilízate, y tuyo seré siempre. ¿Estás ya tranquila, satisfecha, vida mía?

ANITA

¡Qué he hecho! ¡qué me ha sucedido! Perdón: perdón, señores. Sin saber lo que hacía he entrado en esta casa, que no debía pisar. Vamos, vamos, padre mío, que estos señores me perdonarán este momento que no pudo reprimir los arrebatos de mi corazón. No supe lo que hice. *(Se retira y Rafael tomándolà la mano, se disponen á salir.)*

RAMÍREZ

¿Dónde van Uds.? Sí: tienen Uds. razón. No soy digno de que me honren permaneciendo en esta casa. No soy digno de que me llamen ya su amigo.

RAFAEL *(Sorprendido.)*

¡Cómo! ¡qué dice Ud.!

MARQUESA

¡Noble gente! Hagan Uds. el favor de escuchar un momento nuestras súplicas, nuestros ruegos.

RAMÍREZ

Detente, Rafael. No es posible que la amistad que nos unió toda la vida, desaparezca, se pierda, por una insensatez mía. Me cegó la vanidad, y te ofendimos, y te ultrajamos. Desconocimos las virtudes que atesoras. Otórgame tu perdón.

RAFAEL *(Abrazándole.)*

Basta, basta.

MARQUESA

Hemos sido locos. ¿Nos perdonarán Uds.? *(Estrechando la mano á Rafael.)*

RAFAEL *(Conmovido.)*

Señora...

RAMÍREZ

Hijos míos. Sed vosotros los que continuéis esta amistad tan grande, que yo, insensato quebranté. ¿Verdad, Rafael, que nos concedes la mano de tu hija para Luis, que tanto la quiere?

RAFAEL

¿Es de vuestro completo agrado; de vuestra satisfacción?

MARQUESA. *(Abrazando á los dos.)*

¡Hijos de mi alma, que Dios os haga felices!

LUIS

¡Oh, Ana mía! Me aseguró que jamás lograría poseerla, sin vuestro consentimiento. ¿Podré ya poseerte?

ANA

¡Luis de mi vida!

RAMÍREZ

Ahora sí que celebraré justamente mis 100.000 ejemplares. Ya no cumpliré con el mundo; no satisfaré á mi orgullo; á mi vanidad: satisfago á mi corazon. ¡Hijos amados, vosotros dulcificareis la existencia de vuestros padres!

Recibid el fruto de nuestro trabajo; á los dos os corresponde igualmente.

Esta empresa poderosa; este periódico que llega á todas partes, que forma las ideas; que impulsa la opinión; que eleva el espíritu de las masas, que puede cambiar las costumbres y provocar revoluciones, esa es vuestra fortuna, vuestro tesoro, vuestra dote.

Dirige, hijo mío, tan poderosa máquina.

Estos 100.000 ejemplares que hoy te entregamos, valen más que millones; pueden más que cien acorazados.

Estarás sobre los tribunales y los códigos. ¡Conquista un mundo con ellos! (*Se oye un petardo. Todos quedan sorprendidos; las señoras se abrazan á los hombres.*)

MARQUESA

¡Jesús!

ANA

¡Oh, Virgen Santa!

RAMÍREZ *(Repuesto.)*

¿Qué ha sucedido? *(Salen un momento Ramírez y Luis, volviendo á entrar aterrados.)*

LUIS *(Mirando al fondo.)*

¡Estalló en nuestra casa el petardo! *(Mirando á su padre.)*

RAMÍREZ

¡Infames, destruyeron los talleres! Mañana no tendremos número.

UNA VOZ DESDE FUERA.

La Regeneración Social, nuevo periódico que acaba de salir...

RAMÍREZ

¡La Regeneración Social! ¡Oh rabia! Vencieron.

RAFAEL

Esos hombres que ahí trabajaban no eran máquinas. Estalló su corazón por los vapores que condensamos en su cabeza.

LUIS

Sí. En esa poderosa máquina social, cegamos su válvula de seguridad.

Válvula de la justicia, del patriotismo y de la verdad. *(Se oye otra explosión, descargas y gritos. Todos forman un grupo sobrecogidos.)*

RAFAEL *(Después de un momento mirando por el balcón.*

¡Los anarquistas!

RAMÍREZ

¡El 1.º de Mayo! ¡Oh desesperación!

LUIS

¡Desesperación! Nunca, padre mío. Luchemos por regenerarnos. Que el sacrificio nos engrandezca y vivifique. *(Estrechando la mano de Ana.)*

RAFAEL *(Mirando por el balcón. El estrépito habrá ido cesando paulatinamente.)*

¡Mirad! Allí traen á un herido.

LUIS

¡Si es Antonio!

ANITA

Le traen aquí.

MARQUESA

Las masas le victorean.

RAMÍREZ

Si ha sido cabeza del motín, bien lo ha pagado.

RAFAEL

No es posible; es un alma noble y generosa.

ANITA

¡Infeliz! socorrámosle.

MARQUESA

Ya le suben. *(Todos se dirigen á su encuentro. Le entran entre tres y le dejan en una butaca. El traje descompuesto y como vendado el pecho.)*

ESCENA VI

Dichos y Antonio.

RAFAEL

¿Dónde estás herido? *(Reconociéndole.)*

ANTONIO

Amigos míos; no ha sido nada. Estoy bien curado.

LUIS

¿De verás? ¿No sientes dolor?

ANTONIO

Ha sido una herida con fortuna.

RAFAEL

¿Más como te han herido?

ANTONIO

Arrastrado por fiera multitud, que en vano que-

ría contener, me encontré en el cráter, en el foco hirviente de la rebelión.

Ya blandían las armas: teas incendiarias enrojecían la atmósfera: gritos, imprecaciones, blasfemias llenaban el espacio. Yo desfallecía, juzgando imposible evitar la catástrofe. La nueva bolsa, el banco, los palacios, cercados ya, iban á sufrir terrible asalto, cuando se descubre á mi vista el monumento del Dos de Mayo. Corro hacia él; consigo escalarle; y contemplando desde allí aquel mar embravecido, en el instante del solemne estupor, que precede á las batallas, arranco la voz del fondo de mi pecho. "¡Deteneos; no profaneis las grandezas de nuestros mayores: esta pirámide santa las custodia!„ Y con nuevos alientos, grito: "¡Abracémonos como hermanos, para saber morir como nuestros padres, por Dios, por la familia, y por la patria!„

En el altar ya lleno de coronas, aparece un sacerdote; y aquel pueblo enfurecido, ante la idea de su patria y de su Dios, cayó postrado.

RAFAEL

¡Sublime! *(Abrazándole.)*

ANTONIO

En aquel momento, estalla á mis pies el último petardo. Una hermosa joven, que buscaba allí al que mañana debiera ser su esposo, abrazada con él, cae destrozada. Y yo recibi esta pequeña herida.

LUIS

¡Héroe de la patria, nos has salvado! ¡Mereces nuestra gratitud eterna! *(Abrazándole.)* ¡Viva, viva España!

TODOS

¡Viva!

ANTONIO

¡Ay!... ¡Oh que angustia! ¡qué dolor! *(Todos acuden á socorrerle.)*

RAFAEL

¡Antonio, Antonio, hijo mío!

ANTONIO

¡Aire! *(Desabrochándose el pecho.)* ¡Aire! ¡Ah! ¡Adiós, madre: madre mía! ¡Ampararla, Señor! *(Cae muerto en el sillón que le habrán preparado.)*

ANITA

¡Jesús!

RAFAEL

¡Oh! ¡Ha muerto! El aneurisma dilató su corazón.

TODOS

¡Muerto!

LUIS

¡Muerto por el pueblo que salvó con su heroismo! *(Todos permanecerán acongojados, rodeándole.)*

ANITA

¿Y su madre? Infeliz; ¡cuántas víctimas inocentes! *(Llorando.)*

RAFAEL *(Contemplándole lloroso.)*

¡Martir de la patria! caigan sobre tu frente nuestras lágrimas, como siemprevivas, tejiéndose en coronas! (*Después de un momento de silencio en que todos estarán angustiados, se oyen salvas de artillería, una á una.)*

MARQUESA *(Asustada.)* ¡Qué es eso, cielo santo!

¿Otra vez la lucha?

ANITA

¡Dios mío!

LUIS *(Asomándose al balcón.)*

Nada temais. Esos cañones conmemoran inmarcesibles glorias del pueblo español. Son las salvas que nos anuncian ¡el 2 de Mayo!

RAFAEL

¡Ah, pueblo querido, que diste á la patria ge-

nerales para las victorias; sabios varones para defender la fe; magistrados, artistas, filósofos y poetas para la obra de la civilización; pueblo amado, que te ofreciste siempre en holocausto por la libertad y por el progreso; que asombraste al mundo por tu heroismo; que descubriste nuevos hemisferios; que salvaste á Europa de la agarena barbarie por siete siglos de incesante lucha: pueblo magnánimo, renazca tu prosperidad y tu grandeza enardeciéndote, elevándote por el amor y la fe, por la caridad y la justicia.

Nos destrozaron hoy nuestras pasiones. Regenerémosnos al calor, al espíritu que simboliza en nuestro corazón esta augusta veneranda fecha: ¡EL DOS DE MAYO!

(Durante esta relación, se oirán acompasadamente salvas: produciéndose entre las palabras y las salvas, efecto teatral.)

FIN

NOTA La relación es verosimil hasta en sus detalles, porque el primero de Mayo ya hay sacerdotes en la tienda de campaña que se levanta al pie del monumento. Las salvas, también se hacen el primero de Mayo. El año último, se alarmaron muchos al oirlas.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

El Arte Románico Bizantino en España.—Primer premio en los juegos florales celebrados en Valladolid en 1882.

Bosquejos artísticos.

Los voluntarios de la isla de Cuba.

Alemania.—Causas de su preponderancia y engrandecimiento.

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE

Aristocracia y Democracia.

Un Diputado incipiente.

La Revolución agraria.